



Ortiz Echagüe
April
908

ALDEANA SARDA

ÓLEO DE ANTONIO ORTIZ ECHAGÜE.

Leigerrillos leß



LA FUENTE DE MOISÉS

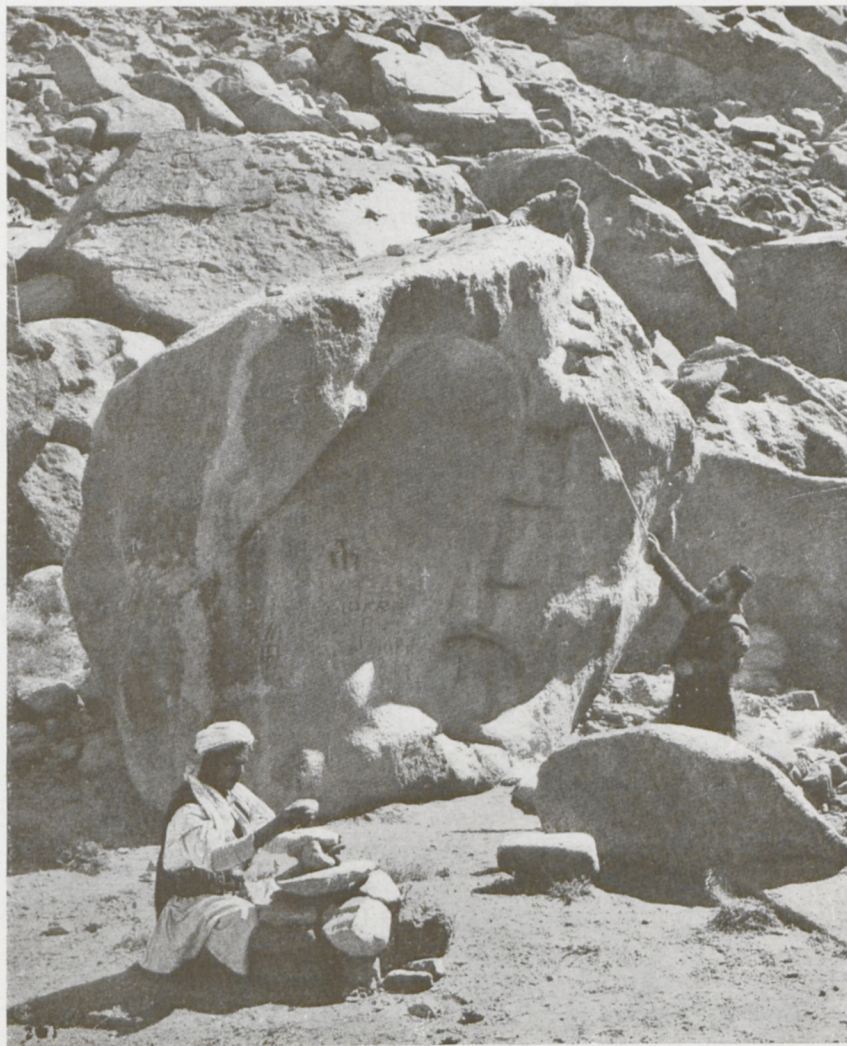
En la cima del Horeb, montaña que pertenece al macizo del Sinaí, enseñan los «ciceroni» indígenas una enorme roca asegurando que es la misma que Moisés convirtió en fuente mediante un golpe de su varita mágica.

La situación de la peña no está muy conforme con el relato bíblico. Para creer que aquello es la fuente milagrosa se necesita refir con el texto sagrado o enmendarle. La fuente debía hallarse dos jornadas de camino antes del Horeb; pero preciso resulta confesar que en todos los alrededores no hay una roca tan digna de un sol tan hermoso.

La piedra que cristianos, hebreos y árabes se hallan contextes en señalar como la auténtica fuente del ingenioso conductor de los israelitas, tiene una majestad inanimada y una belleza que ninguna otra puede igualar. De arriba a abajo la engalana una veta de pórvido gris y verdoso donde hay diez aberturas que correspondían a otros tantos chorros de agua cristalina y pura.

Ahora la fuente ha vuelto a convertirse en piedra seca; ya no canta la linfa su canción de prodigio y bienestar.

Hace miles de años, el pueblo hebreo iba en busca de la tierra prometida. Su jefe había sabido liberarlo de la esclavi-



tud y cotidianamente lograba reanimar la fe en el destino. El desierto y la montaña árida eran terribles obstáculos para aquellas tribus habitadas a la vida de la ciudad egipcia. Cualquier incidente de aquella emigración imprevista se convertían en una amenaza mortal. Sólo la fe, una fe ardiente en el pastor, era capaz de salvar tantos peligros. Y llegó el más angustioso: la falta de agua que iba a terminar con el pueblo elegido. Moisés, el genio que supo comprar en el maná en los almacenes celestes, la ley en los archivos del Sinaí, tocó con su vara de pastor una roca enjuta, y, al punto, el agua corrió a raudales salvando de la muerte a los emigrantes.

¿Fué aquí, fué antes? Qué importa. Cristianos, islamitas, hebreos están conformes en asegurar que esta roca es la piedra milagrosa.

La piedra del Horeb es un altar común de religiones enemigas, un ara sobre la cual se dan la mano y rezan hombres de razas distintas.

Por tal virtud, merece que continúe usufructuando el título de fuente de Moisés, por más que de fuente tenga muy poco y de Moisés menos. La verdad histórica no vale nada junto a otras cosas dignas de respeto.



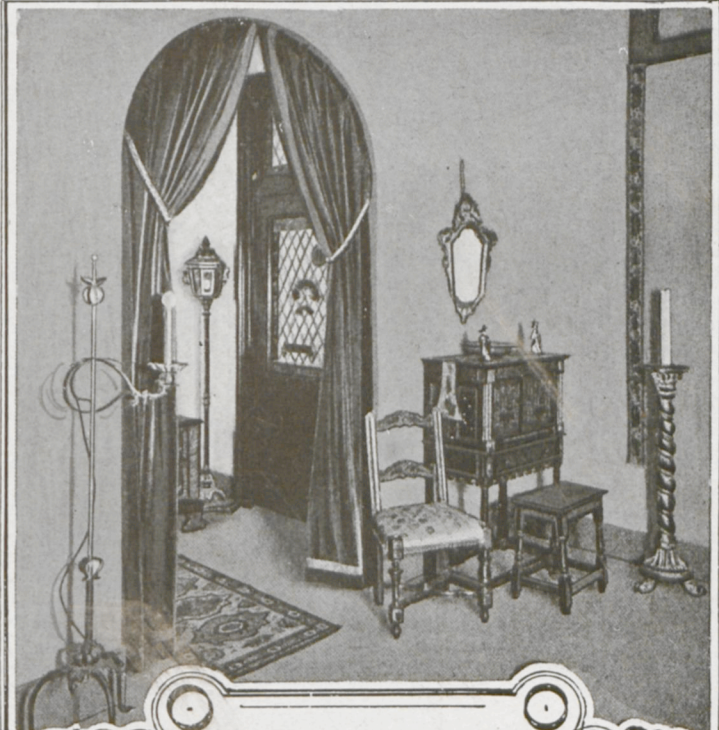
“NASYL” AL MENTOL, CONTRA RESFRIOS

POMO OLIVA ESTERILIZADO A BASE DE VASELINA BORICO-MENTOLADA

Tratamiento racional y enérgico de las enfermedades de la nariz, coriza, catarro naso-faríngeo, preventivo contra el catarro tubo-timpánico y la otitis.

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Unicos representantes: **SAMENGO y CAMPONOVO**
JUNCAL, 2002 - Buenos Aires Unión Telefónica, 2544, Juncal



J. Greciet y C^{ia} MUEBLES ANTIGUOS Suipacha 245

Pidan presupuesto Coop. 31 Central
U.T. 2566 Libertad

LA CAPILLA DE SANTA CATALINA, EN EL SINAI

Una reliquia de la piedad ardiente de los primeros cristianos que en las tierras bíblicas adoraron a Jesús, es esta capilla de Santa Catalina. Fué edificada por los solitarios durante la cuarta centuria de nuestra era, en la cima de una altura que bautizaron con el nombre de Djebel Katerim.

El Djebel Katerim tiene 2.650 metros de altura, siendo uno de los montes más importantes del Sinaí.

No presenta el pequeño edificio ningún atractivo arquitectónico; en cualquier pueblecito provinciano hay capillas más artísticas.

Sin embargo, esta casita de Jesús edificada entre abruptas rocas con peñascos sin pulimento, da una impresión inolvidable de belleza.

« La capilla de Santa Catalina — dice un célebre misionero católico — es tal vez la más pura morada del Salvador. Cuando se examina su historia, vemos que aquella choza ha sido edificada por manos que dejaban de unirse en oración para amontonar las piedras. Y recordamos que las catedrales fueron hechas por obreros impíos, grandes en el arte y pequeños en la fe. Antes de cobijar la piedad de los fieles, cuando se batían los muros, los espíritus satánicos se conjuraban en contra de la Iglesia. Los monstruos con que están adornadas las repisas de las torres, son caricaturas de cardenales, obispos y sacerdotes admirables; en cualquier sitio de los muros existen letreros irreverentes y signos masónicos. Decir que de este modo se prueba el poder de la fe que hasta aprovecha el trabajo de sus enemigos, resulta un consuelo discutible. Yo hubiera preferido que las basílicas fuesen fruto de los afanes de arquitectos, capataces, albañiles y canteros cristianos, devotos, como los solitarios edificadores de la capillita. »



MAPLE

MUEBLES Y DECORACIONES



SALITA DECORADA Y AMUEBLADA EN EL ESTILO «ADAM». UNA DE LAS HABITACIONES DE MUESTRA EN NUESTRAS GALERIAS.

658, SUIPACHA, 658



**MOLDES
"VOGUE"**

ESCLUSIVIDAD DE
GATH & CHAVES

MAYO

EN ESTE MES EN QUE LA "SEASON" COMIENZA, GATH & CHAVES MARAVILLA
A SU DISTINGUIDA CLIENTELA FEMENINA PRESENTANDOLE LAS CREACIONES

***** PARISIENSES QUE MAS DISTINCION Y ARTE ACUSAN *****

THE SOUTH AMERICAN STORES
GATH & CHAVES Ltd
BUENOS AIRES, LONDRES, PARIS



La Nueva Serie 19

STUDEBAKER

comprende también un gran coche de 6 cilindros, para turismo, de notable belleza y perfectamente equipado, con capacidad para 7 pasajeros.

Este coche es el que reproducimos al pie a la derecha de esta página.

Otro modelo digno de las más justas ponderaciones, de 4 cilindros, para 5 pasajeros es el que aparece al pie a la izquierda de este aviso y en él pueden apreciarse como en todos los de la nueva serie, la corrección de las líneas y su magnífico conjunto.

La calidad de los

STUDEBAKER

que predomina desde hace 66 años, está reflejada en cada uno de estos coches.

Una verdadera joya del automovilismo

Tal puede llamarse el magnífico coche liviano, de 6 cilindros "Club Roadster" STUDEBAKER, para cuatro pasajeros, que reproducimos en la cabecera de esta página, no sólo por el conjunto de perfecciones que representa por su construcción y por la belleza de sus líneas sino también por las apreciables mejoras que lo hacen un modelo en su clase.

Una de las innovaciones de gran importancia la constituyen sus cuatro portezuelas laterales, dos frente a los asientos de adelante y dos en los de atrás, las cuales facilitan notablemente la entrada y salida de los viajeros.

En los coches de estilo antiguo la ubicación de los ocupantes está llena de molestias, pues para descender por las únicas portezuelas delanteras los pasajeros de los asientos de atrás se ven obligados a pasar por el limitadísimo trecho de los asientos de adelante. En nuestro coche hay una división entre los asientos de adelante y queda tanto sitio para estar con comodidad en los asientos de atrás, como en el "tonneau" de la mayoría de los coches para cinco pasajeros.

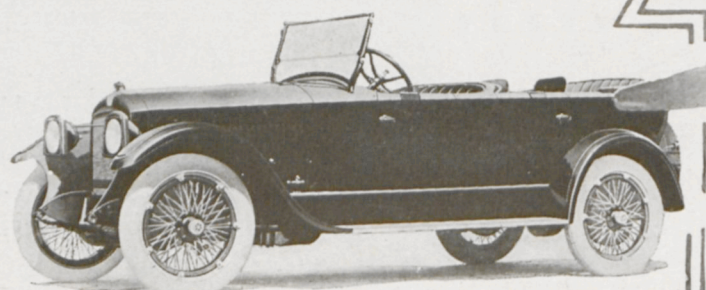
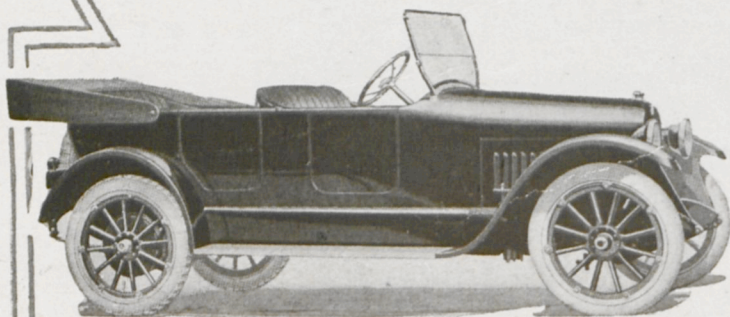
Resuelto, en este coche, el problema de la comodidad ideal y reunidos en él todos los méritos de calidad que han dado renombre mundial a los STUDEBAKER, puede asegurarse que el "Club Roadster" es el auto por excelencia para comerciantes, profesionales, sportsman, corredores y hombres de corta familia.



The Studebaker Corporation of America

AVENIDA DE MAYO, 1235 - Buenos Aires

Unión Telefónica, 5935, Libertad





MANUEL MAYOL



Consolidada su obra, el fundador y director de PLVS VLTRA ha marchado a la madre patria en busca de reposo.

Manuel Mayol es uno de los prohombres del periodismo gráfico argentino. Este título, que le reconocen unánimemente propios y extraños, lo conquistó en buena y laboriosa lid. Amablemente enérgico, cortés y tenaz, Mayol ordena sin arrebatos como quien pide un favor, nobleza que obliga a la obediencia. Nunca tuvo esos momentos de iracundia que calman los nervios excitados de los organizadores. Por eso, su larga labor cotidiana, necesitaba descanso.

Conocidos y elogiados son sus dibujos y lienzos. Lo que pocos conocen es la parte que su ágil espíritu, su buen gusto y su rápida iniciativa puso en los trabajos

ajenos. Más bien que director era un amigo capaz de aconsejar, un maestro ducho en sugerir bellas inspiraciones.

En cuestiones literarias nunca regateó elogios a sus colaboradores, pues no sabe ni quiere fingirse descontentadizo, ya que conoce por propia experiencia las luchas con la pluma. «Antonio Cañamaque», ese humorista seudónimo de graciosa observación, puede atestiguarlo.

Manuel Mayol, después de conseguir su segunda victoria periodística, regresó a su patria, donde le aguardan los alegres y saludables ocios que le deseamos.

La dirección de PLVS VLTRA y la artística de CARAS Y CARETAS quedan a cargo de nuestro querido compañero Juan Alonso.

PLVS
VITRA



OBRAS ARTÍSTICAS DEL TEMPLO DEL PILAR



A pequeña iglesia de la Recoleta, con su fachada sencilla, su esbelta torre y su bello campanario barroco, había despertado siempre nuestra curiosidad. Estaba menos remozada que las otras iglesias. Tenía más carácter. Un día, al pasar frente a ella, nos dijeron que su historia era una historia interesante, llena de evocaciones y recuerdos, y que en su interior se conservaban algunas obras de extraordinario mérito artístico, del tiempo de la fundación.

Antes de visitarla, quisimos conocer los antecedentes históricos que pudieran existir, tanto de la iglesia como del lugar en que está situada. En el Archivo General, se encuentran varios legajos, donde consta que el terreno es el mismo que figura con la letra G. en el plano de la fundación de Buenos Aires, y que le fué adjudicado al Alcalde Ordinario, Rodrigo Ortiz de Zárate, Teniente de Gobernador en 1583. A principios del siglo XVII, figura como propietario el General don Francés de Beaumont y

Navarra, en cuya escritura de venta — 4 de agosto de 1604 — se especifica que los terrenos estaban contiguos a la chacra del fundador Juan de Garay.

En 1660, era su poseedor Juan de Herrera y Hurtado, de quien los heredó su hija doña Gregoria, desposada con el Capitán de Caballos Corazas, don Fernando de Valdes e Inclán, los cuales, en 22 de septiembre de 1716, hicieron donación de ellos para fundar la iglesia y convento de la Recoleta. Antes, o sea, el 28 de junio del mismo año, don Felipe V de Borbón había concedido la licencia correspondiente por Real Cédula firmada en el Pardo.

El zaragozano don Juan de Narbona, «mercader tra-



MAGNÍFICA ESCULTURA DE SAN PEDRO ALCÁNTARA, OBRA DE ALONSO CANO, QUE SE CONSERVA EN EL TEMPLO DEL PILAR.



FRONTAL DE PLATA, ESTILO BARROCO, QUE ESTUVO EN EL ALTAR MAYOR HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX.



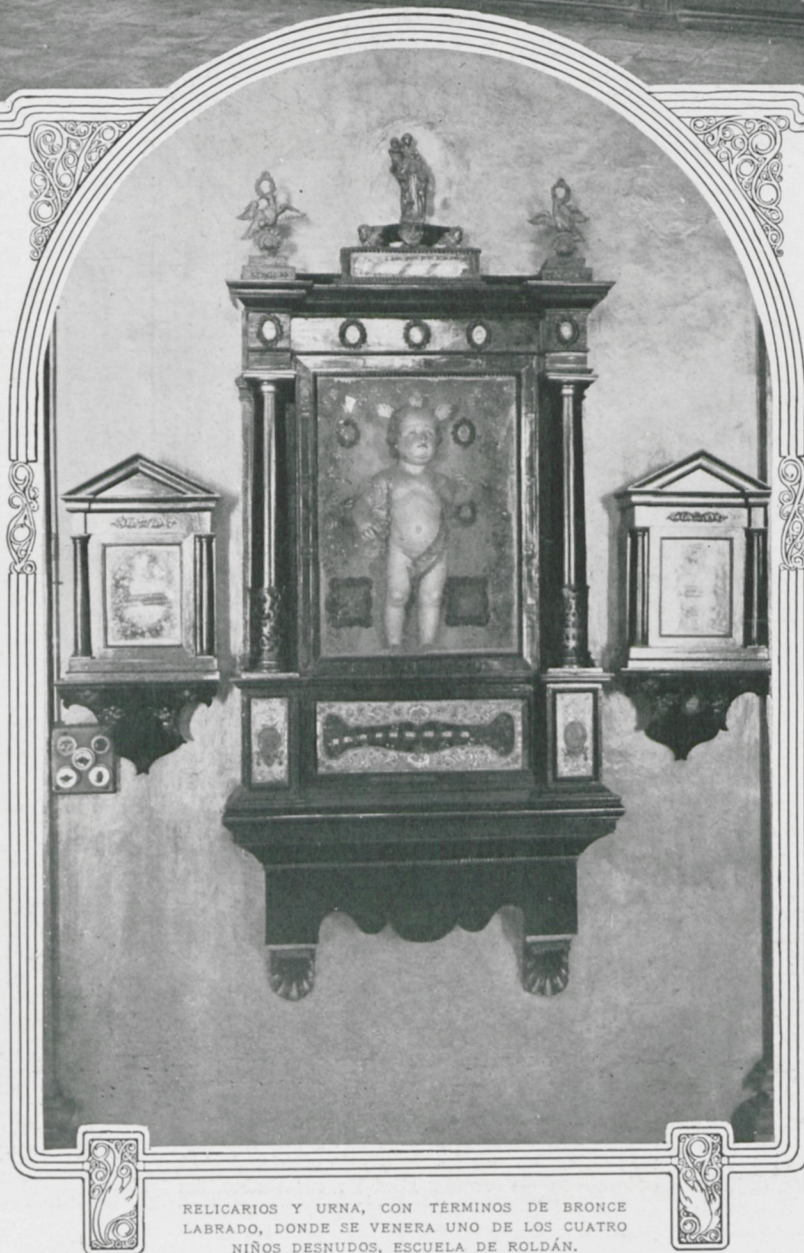
LA GRAN CÓMODA DE LA SACRISTÍA, DESTINADA PARA GUARDAR LOS ORNAMENTOS SACERDOTALES. EN LOS ENTREPAÑOS SE VEN PEQUEÑAS PINTURAS SOBRE CRISTAL, DE ALGÚN MÉRITO ARTÍSTICO.

tante» y vecino de Buenos Aires, donó a su vez veinte mil pesos para la construcción de la iglesia, que fué inaugurada con toda solemnidad el 12 de octubre de 1732, habiendo sido hecha bajo la dirección de los padres jesuitas Bianqui y Primoli, constructor este último de otros templos y casas religiosas. El exterior de la iglesia, ha sufrido pocas transformaciones desde su inauguración, presentando todavía la forma característica del tiempo en que fué construido el edificio. A la izquierda del pórtico, hay una puerta que da entrada al viejo claustro del convento, con techo de bóvedas aristadas y pequeños ventanales abiertos en el muro blanco del jardín.

Elevándose sobre la fachada sencilla, el torreón se agudiza hacia el cielo azul, destacando su cúpula de azulejos, que se recorta en forma de campana. Pequeños tragaluz se abren vigilantes en la pared blanca y desnuda.

Junto al muro donde se levanta el campanario barroco, hay una escalerilla angular que conduce al coro de la iglesia, que, aunque viejo y desmantelado, conserva aún el primitivo órgano de la fundación, considerado en su tiempo como el mejor de cuantos había en Buenos Aires. Rodea gran parte del recinto la sillería de cedro, bastante bien trabajada, con relieves y delgadas columnas.

Desde el balconete del coro, severo y espacioso, descúbrese todo el interior de la iglesia, construida en forma de cruz con capillas dis-



RELICARIOS Y URNA, CON TÉRMINOS DE BRONCE LABRADO, DONDE SE VENERA UNO DE LOS CUATRO NIÑOS DESNUDOS, ESCUELA DE ROLDÁN.

PENDIENTES DEL MURO, HAY DOS CUADROS CON MARCO DE ESTILO CARLOS III, Y EN LA HORNACINA CENTRAL UNA URNA DE MADERA CUIDADOSAMENTE TALLADA.

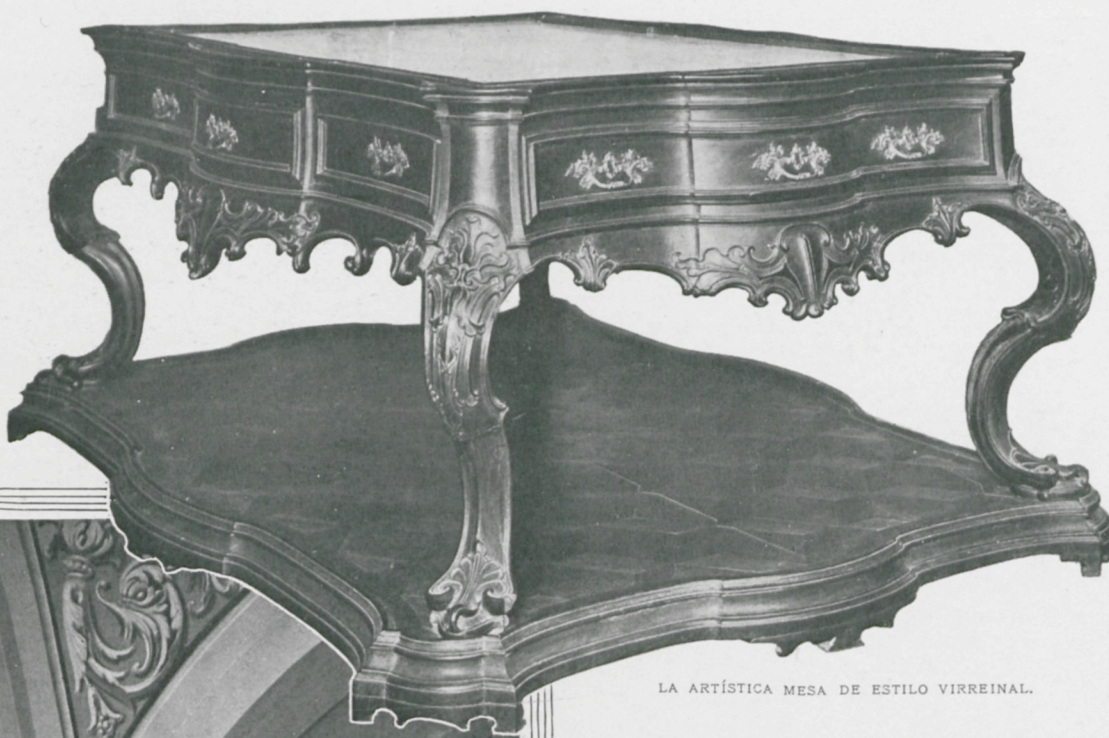
puestas a ambos costados de la nave. El altar mayor ocupa todo el muro del fondo, con su retablo de grandes dimensiones, dividido en varios cuerpos de columnas y hornacinas estilo churrigueresco. En la parte superior se descubren dos estimables trabajos escultóricos, representando imágenes de la Orden franciscana, hechos por un monje recoleto. Este altar supónese que fué traído de España, junto con las demás obras de arte, que pasamos a enumerar.

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA. — Obra de Alonso Cano, racionero de la Catedral de Granada. Esta imagen, de gran mérito artístico, es tallada en madera sin estofar y mide un metro sesenta y cuatro centímetros de alto. Su principal característica es que debió ser hecha, según tradición generalizada, inspirándose en las palabras de Santa Teresa de Jesús, que dijo refiriéndose a San Pedro de Alcántara, «que era tan seco que parecía hecho de raíces de árboles». En efecto, para que la obra tuviera más carácter de santidad y una expresión más honda del misticismo que atormentó la vida del santo, Alonso Cano buscó un tronco de árbol, y aprovechando las fibras sarmentosas de la madera, estilizó la línea hasta conseguir la trágica expresión del semblante y la rigidez hierática de la figura. Es su principal mérito. No tiene color de carne, y habiendo sido barnizada hace unos cuantos años, da la sensación de una escultura negra.

CRUCIFIJO DE TALLA. — En uno de los ángulos del presbiterio, se

admira otra noble escultura de mérito, de autor desconocido. Es un Cristo de tamaño natural, clavado en la Cruz, que alguien ha atribuido al mismo Alonso Cano. Es muy bella de proporción, pudiéndose observar en los detalles anatómicos y en la violenta contracción de los músculos, todos los signos del sufrimiento y la tortura. Puede clasificarse como del siglo xvii.

CAPILLA DE LAS RELIQUIAS. — Hállase a la entrada del templo. De sus muros penden varias urnas conteniendo imágenes de cera y adornos de plata sobredorada, donde se veneran gran número de reliquias. El altar, propiamente dicho, está formado por pequeñas piezas de carey superpuestas entre adornos de bronce. Además del San Pedro Alcántara, ya descripto, lo mejor que figura en esta capilla son los cuatro niños desnudos, magníficas esculturas del siglo xviii, dignas de figurar en un museo.



LA ARTÍSTICA MESA DE ESTILO VIRREINAL.



ÁNGULO DEL CORO ANTIGUO, DONDE LOS MONJES RECOLETOS HACÍAN SUS PLÁTICAS Y ORACIONES.

Sobre todo las que se ven a los costados del altar, están graciosamente modeladas y se destacan por la proporción y seguridad de las líneas.

LA MESA DE LA SACRISTÍA. — Ocupa el centro del recinto, y se halla colocada sobre una plataforma o basamento de madera, cuya superficie se ve adornada con pequeños dibujos cuadrangulares. Pertenece al estilo llamado virreinal, derivación genuinamente americana del estilo creado en España por el célebre escultor Churriguera, y que tan bellos ejemplares dejó en el suelo de estas regiones. Por su línea ampulosa, y más aún, por la perfección con que están combinados los dibujos del precioso mueble, siempre despertó la curiosidad y el interés de aficionados y coleccionistas de

obras de arte, habiéndose rechazado ya varias propuestas, entre ellas una de veinticinco mil pesos, cantidad por la que se trataba de adquirirla, para ser trasladada como modelo de este estilo a uno de los museos de Francia.

En la misma sacristía existen otros muebles curiosos, como, por ejemplo, los cuatro espejos blancos y dorados y la antigua cómoda de madera tallada que sirve para guardar las vestiduras y ornamentos sacerdotales.

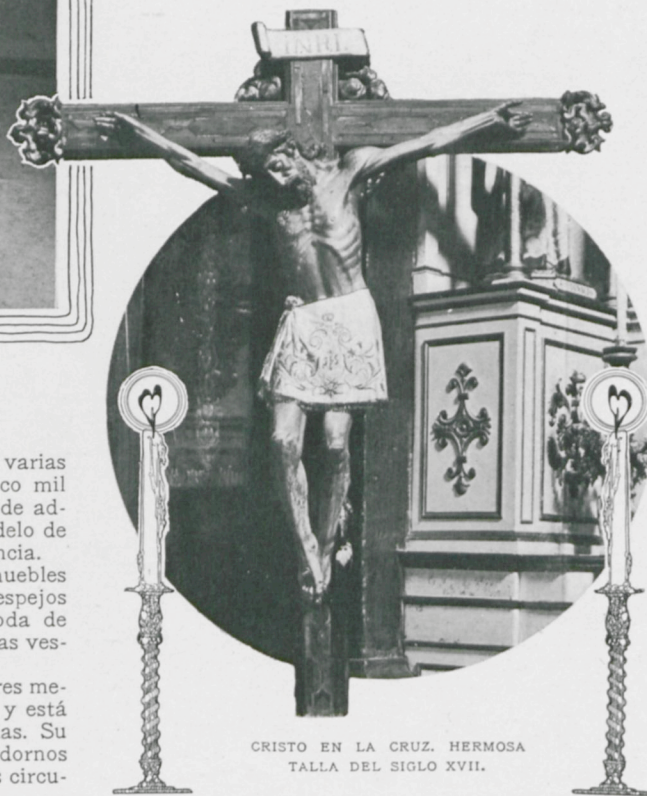
FRONTAL DE PLATA. — Mide más de tres metros de ancho por un metro de altura, y está compuesto de varias láminas repujadas. Su estilo es el denominado plateresco, con adornos y lambrequines, teniendo seis escudetes circu-

lares y ovalados con símbolos e iniciales de la Compañía de Jesús, por lo que se supone perteneció en su origen a alguna casa jesuita o al menos que el trabajo fué dirigido por los padres de esta Compañía. En general es de un agradable conjunto y denota su procedencia peruana, perteneciendo por su antigüedad a los años de 1650.

El frontal, que se supone fuera destinado para cubrir el tablero del retablo mayor, en fiestas de solemnidad, fué hallado junto con dos atriles y otros tantos candelabros de plata labrada, en el subsuelo de una de las galerías interiores del convento, donde es creencia que fué enterrado para evitar su desaparición en la época de Rivadavia, cuando la comunidad fué despojada de sus bienes.

Tanto los objetos de arte que acabamos de enumerar, como las reliquias y otras cosas de mérito, cuyo paradero se ignora, fueron traídos de España por el Padre Fray Francisco de Altolaguirre, visitador de la Orden en 1783, habiendo sido donados por el rey Carlos III para que se venerasen y conservasen en el convento de la Recoleta, cuya iglesia, a pesar de las vicisitudes y transformaciones que ha sufrido desde su fundación, es hoy una de las parroquias más importantes y frecuentadas de Buenos Aires, hallándose unida a la basílica de San Juan de Letrán de Roma, por gracia del Sumo Pontífice, y gozando, en consecuencia, de los mismos privilegios que la Santa Sede tiene concedidos a la mencionada basílica.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



CRISTO EN LA CRUZ. HERMOSA TALLA DEL SIGLO XVII.



ESCENAS
TÍPICAS
DE
GUATEMALA

Alfarero indio
llegando al
mercado.

FOT. LORENTE

Goyesca

Es la noche.

El manto de la oscuridad completa dice la muerte de otro día, es el broche que cierra nuevos hechos, es veleta que señala el porvenir.

Es la noche.

Mojando sus alas en los piélagos de sombras, haciendo gala y derroche de silencio, exploran mil marciélagos los misterios del morir.

Dan las doce,

una bruja, tan horrible que espanta, visita a Satán, que es quien conoce la pócima que el ánimo levanta y a Fausto en galán convierte.

¿Quién conjura?

Tres almas os ofrezco, mi señor, si lograis infiltrar la sed impura en doncella que tiene santo amor y solo a la cruz venera.

El estante

de Satán en interminable hilera tiene muñecos que en un solo instante con solo así desearlo el ángel-tiera humana forma revisten.

Vino de ellos

fue escogido: hermoso, apuesto, sonriente, ejemplar excelente de hombres bellos y el Maligno dijo: Parte, defente solo ante la misma cruz.

¡Tentación!

Dios me ayude! No vaguéis por mi mente pensamientos que me herís el corazón!, rezaba acongojada la doncella presintiendo en su lecho frente a frente ojos de fuego y centella.

Padre nuestro

que estáis en los cielos, santificado...

Quítad el conjuro, mi amor es vuestro oh, Dios de los Cielos glorificado...

...Y triunfó la devoción!

Antón Varo
(hijo)





CARBÓN DE ALONSO.



Majestuosas, enmantadas de armiño y oro, las nubes desfilan ante el viejo campanario que parece crecer hasta sentir en su cabeza el roce de las alas flotantes.

Es una procesión etérea. La nubosa comitiva pasa solemnemente adoptando formas del ensueño: cimas nevadas, monstruos complicados, testas encanecidas...

Y el vetusto campanario se diría que marcha al encuentro de la procesión que lentamente se metamorfosea.

La antigua campana está muda, no repica, no dobla, no reza, ni hace rodar por el valle vecino aquel lento eco que asemejaba el murmurio de un coro seráfico.

Y desfila majestuosa aquella procesión que, al ponerse el sol, entrará en la gloria policroma del occidente.

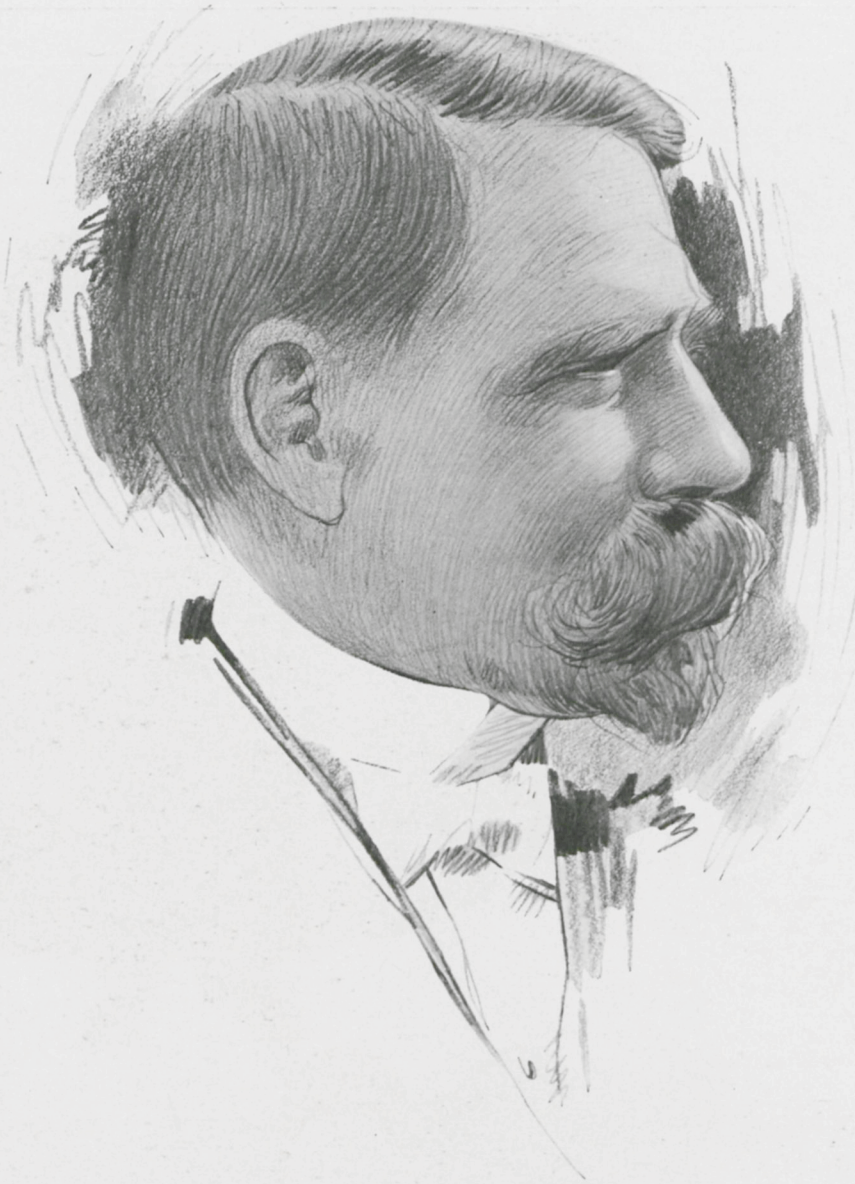


Abajo, otra procesión ataviada de luto desfila hacia la iglesia del vetusto campanario. Se divide en hileras de hormigas atareadas y graves.

Ha muerto el dulce Jesús; muere simbólicamente todos los años para resucitar al tercer día; muere y resucita siete veces cada día en nuestros corazones, porque nuestra alma brumosa es única y multiforme como la nube.

No está muerto el buen Jesús ni aún en los corazones que le niegan, porque la bondad, el espíritu de sacrificio y el ansia de justicia son como tres metamorfosis de una nube que se viste de armiño y oro en todos los cielos.

¡Vieja campana de paz y fraternidad, lánzate pronto al vuelo, en la alegría del definitivo Sábado de Gloria!



No hay vidas más nobles y dignas de perpetua alabanza, que las consagradas al bien de nuestros semejantes. Esa abnegación, ese espíritu de sacrificio son las bases fundamentales del cristianismo, que en eso se diferencia profundamente de las viejas religiones paganas, basadas en el egoísmo. Esas vidas son como las flores del alma de la humanidad; son como un vínculo celeste que une, allí, en las alturas, a los buenos, cualesquiera que en la tierra hayan sido sus creencias y doctrinas.

Porque viven así, se ha dicho de los verdaderos sabios, que son santos. Pasteur puede citarse como el tipo; pero tras de esa gran figura hay otras no menos merecedoras. Por suerte, si son siempre escasas, nunca faltan del todo. Sería triste la historia del pueblo que no las tuviera.

En nuestro país, podrían citarse muchos nombres; entre ellos, el del doctor José Penna, recientemente fallecido, figura con singular brillo. De ordinario, hay en las manifestaciones públicas del sentimiento de las sociedades cierta dosis, más o menos grande, de convencionalismo, que mueve a tenerlas aun no tan sinceras como parecen; pero el dolor general causado por la muerte del doctor Penna fué hondamente sincero. Se ha dicho que fué como un duelo público y se ha dicho la verdad. Al saberle muerto, se pudo comprender y avalorar el sitio que ocupaba en esta enorme colectividad humana, tan heterogénea y abigarrada.

El doctor Penna estudió medicina en fuerza de una vocación irresistible. No fué de esos médicos que se enamoran de su profesión después de haberla puesto bien a prueba; la amó desde niño, con aquella intuición superior que suelen tener algunos hombres para escoger derechamente el camino verdadero de su destino. Y se sentía destinado a ser médico porque amaba a sus semejantes, y la medicina le ofrecía el medio de darles pruebas de su amor. Tenía, además, el espíritu de rebeldía que inclina a los espíritus fuertes a luchar hasta lo último contra lo que saben que es inevitable. Quiso medirse frente a frente con la muerte. Habría ésta de vencer al cabo; pero sus arterias y malicias encontrarían un Perseo infatigable.

Los griegos, siempre nuestros maestros, crearon la diosa Hygia, la diosa de la salud, suprema felicidad humana, encargada de cerrar eternamente el camino a la muerte. Fué la diosa del doctor Penna. Comprendió el hombre de ciencia

que más que curar enfermos vale evitar que los haya, y dedicó las mejores horas de su vida a la higienización de su pueblo, que amaba tanto. La lucha fué ruda y larga, porque el prejuicio y el hábito son enemigos formidables. Del pasado, habíamos heredado muy poco, casi nada, en esa materia. Nuestros respetables abuelos confiaban más que todo en la ayuda de Dios, olvidando el mandato encerrado en el refrán que dice: «Ayúdate y Dios te ayudará!» Era necesario, pues, empezar por conquistar las voluntades de las grandes masas, para que quisieran comprender los beneficios de la Higiene, de la diosa Hygia de los griegos. El conglomerado era duro; gruesos copos exóticos cubrían el núcleo propio, quizá más dócil. Hubo que emplear todos los recursos, desde la persuasión paciente hasta la imposición sin réplica. Y el doctor Penna fué infatigable en esa campaña, como lo fué siempre que creyó que estaba en el buen camino. Su obra inmensa en la Asistencia Pública y en el Departamento Nacional de Higiene es el mejor testigo, un testigo único, que no necesita hablar para ser creído.

Hay entre las gentes profanas cierta malévol inclinación a pensar que los médicos que se dedican a higienistas lo hacen porque se han dado cuenta de que fracasarían inevitablemente si se dedicasen a más elevadas tareas. Es un prejuicio bastante tonto; porque el médico higienista debe saber y estudiar tanto o más que cualquier otro. Nos inclinamos a decir que más; porque el enemigo toma todos los días, si no precisamente formas nuevas, caminos nuevos para llevar sus ataques. Los microbios son muy inteligentes; no tardan mucho en notar que las defensas son buenas, y

se retiran, solapadamente, para buscar con infinita paciencia el punto que ha quedado vulnerable en la coraza de la víctima de sus ataques. Cuando se les cree vencidos definitivamente, aparecen por donde menos se les esperaba, y empiezan su obra de destrucción y muerte. El médico higienista, como el general en jefe de un ejército, tiene que cuidar todos los puntos por donde hay la posibilidad de que el enemigo ataque, y para encontrar puntos, tiene que trabajar y estudiar mucho.

El doctor Penna fué, así, un gran médico higienista; pero también lo fué en todo sentido. Tenía la audacia que se requiere para que la experiencia dé todos sus frutos, y la prudencia indispensable para que éstos lleguen al estado de sazón apetecido. Fuerte en su ciencia, nunca creyó llegado el momento de creerla suficiente; y siempre continuó estudiando, hasta el día mismo de su muerte, ocurrida cuando se preparaba a asistir a uno de sus enfermos. ¿Y cómo iba a creer que sabía ya bastante un hombre que era un sabio de verdad? La característica esencial del sabio es creer que mientras más sabe, sabe menos, porque cada conocimiento adquirido abre horizontes infinitos de nuevos conocimientos. Si los sabios creyesen que puede llegar un día en que ya no necesitarán aprender más, la humanidad entera se encontraría ahora en el mismo nivel de civilización que los negros del Africa o los indios del Chaco.

Y fué también el doctor Penna un hombre, en todas las nobles significaciones del término. Ser un hombre, no es cosa tan fácil como la generalidad de los hombres se imaginan. Ya hablamos de su espíritu de abnegación, de su amor a la ciencia, de su sabiduría; quisiéramos hablar también de su carácter con la misma extensión; pero el espacio, desgraciadamente, nos falta. Tenía un gran corazón, con aquella grandeza que difícilmente llegan a apreciar los espíritus pequeños: la divina facultad del perdón. Era generoso y modesto. Parecía un poco taciturno; pero es que siempre estaba pensando en algo superior. Era cordial sin aspavientos; servicial sin escepticismo; bueno en todos sentidos. Severo consigo mismo, se había impuesto una inflexible disciplina que no abandonó sino con la vida; pero esa disciplina no deformó jamás su noble espíritu, como suele ocurrir en tantos casos. Fué un sabio y fué un hombre: este podría ser el más adecuado epitafio que la posteridad escribiese en la tumba del doctor José Penna.

E. MUÑOZ RAYMONDI.

EL DOCTOR PENNA

JOYAS DEL MUSEO ETNOGRAFICO

UN TRAJE DE CEREMONIA DEL SIGLO XVII.

Debido al altruismo y generosidad de una noble dama argentina, la señorita Victoria Aguirre, el Museo Etnográfico de Buenos Aires acaba de enriquecer sus colecciones con dos valiosos trajes de ceremonia, genuinamente americanos, que a la particularidad de ser considerados como modelos casi únicos en su género, unen el interés de sus labores repujadas, de principios del siglo XVII, pertenecientes al período de transición incásico barroco.

Los trajes se componen, según puede observarse por el que reproducimos en esta página, de cinco piezas, a saber: dos rodela en forma de brazal, el coselete, el manto implegable y el yelmo de forma sencilla, surmentado de su cimera correspondiente.

Todos los objetos donados al Museo por la señorita de Aguirre, hallábanse en poder de una tribu quichúa, de las que habitan en las regiones comprendidas entre las ciudades bolivianas de Sucre y Santa Cruz de la Sierra. Los indios se ponían las vestiduras, y se adornaban con las placas de plata. Sentían por ellas una especie de veneración religiosa, pues tal vez guardaban el recuerdo de su procedencia. Ultimamente, siguiendo la costumbre generalizada desde muchos años atrás, el cacique alquilaba los vestidos para celebrar extrañas danzas rituales frente al fuego. Más tarde, al saberse que eran utilizados para esta clase de ceremonias, muchas personas llegaron a suponer que serían trajes de baile, creados por la



CASCO DE PLATA CON LABORES DE ESTILO PERUANO.



CASCO DEL MISMO ESTILO Y FORMA QUE EL ANTERIOR.



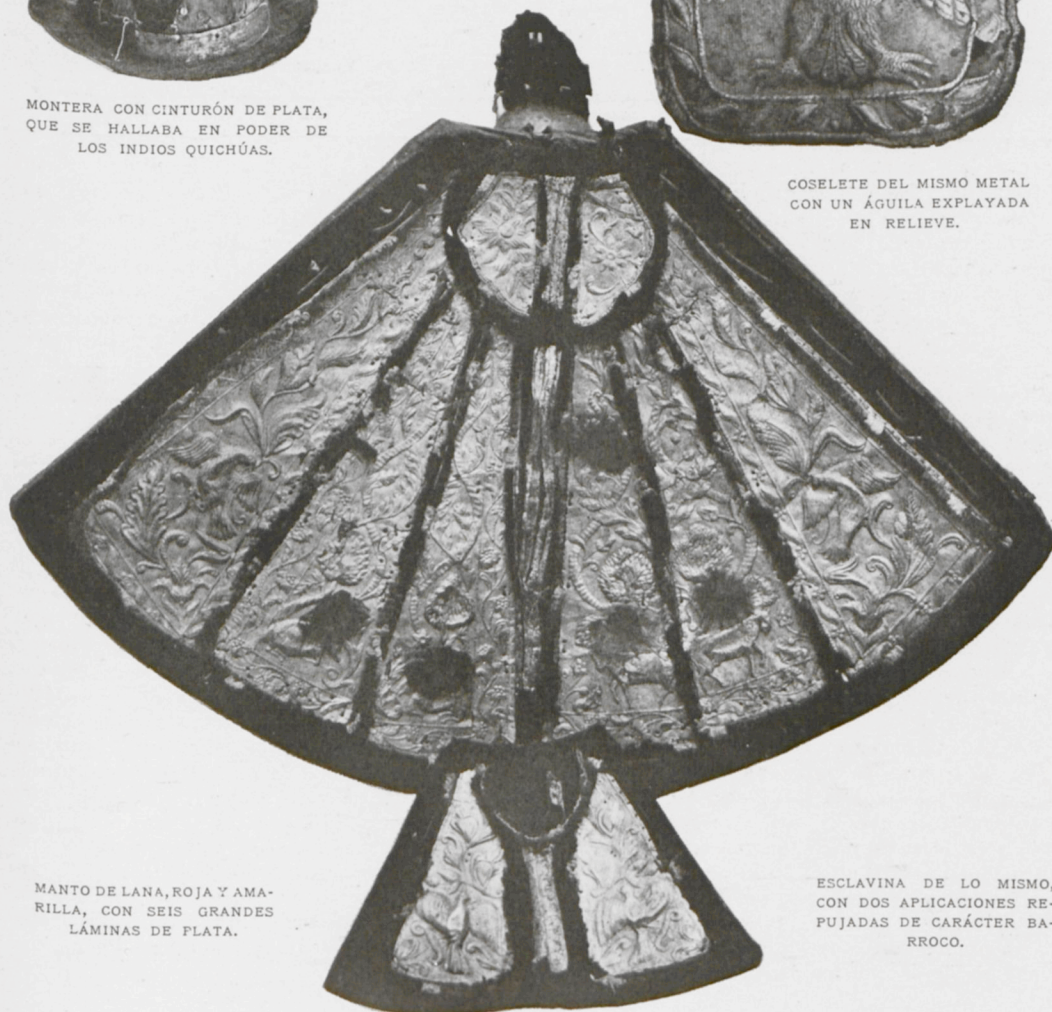
TRAJE CEREMONIAL DE PLATA REPUJADA, USADO POR LOS CACIQUES INDIOS DEL PERÚ, DURANTE EL SIGLO XVII.



MONTERA CON CINTURÓN DE PLATA, QUE SE HALLABA EN PODER DE LOS INDIOS QUICHÚAS.



COSELETE DEL MISMO METAL CON UN ÁGUILA EXPLAYADA EN RELIEVE.



MANTO DE LANA, ROJA Y AMARILLA, CON SEIS GRANDES LÁMINAS DE PLATA.

ESCLAVINA DE LO MISMO, CON DOS APLICACIONES REPUJADAS DE CARÁCTER BARROCO.

fantasía de los quichúas. Esta creencia no tiene fundamento alguno, pues sólo observando la singular simbología de los temas y que cada traje tiene de veinticinco a treinta kilos de plata, se llega al convencimiento de que tuvieron en su origen un uso muy distinto. En efecto, existe una tradición, por la que se supone que debieron ser sustraídos en la época de la Independencia, de algún templo o casa de consistorio. Así lo hace pensar, al menos, el hecho de que los indios de las mismas regiones en que fueron hallados los trajes, se suelen adornar con piedras preciosas de gran valor, procedentes, sin duda, de los despojos efectuados en las iglesias coloniales.

La opinión más aceptada es, que siendo vestidos de ceremonia, servirían en las fiestas solemnes, juras reales, proclamaciones, etc., para revestirse los caciques, que desde la tribuna colocada en el centro de las plazas, hacían pública demostración de fidelidad al virrey, en su nombre y en el de las tribus.

El manto que reproducimos es de un tejido de vicuña, cárdeno y amarillo, cubierto interior y exteriormente por grandes láminas de plata con adornos bien trabajados, en el estilo que empezaba a predominar en aquella época, o sea, el barroco con reminiscencias de orden plateresco. Las formas características son originadas del sentido incásico, pájaros y flores, con lambrequines ampulosos que se repiten también en las rodela. El trabajo es bastante perfecto, habiendo sido ejecutado por los indios.

El coselete, es algo más bello de línea que lo demás, y lo forma una gruesa lámina de plata, en cuyo centro, a modo de símbolo decorativo, ostenta el águila cesárea de la dominación.

Los trajes fueron traídos a Buenos Aires hace unos meses, salvándose de la destrucción a que estaban expuestos, gracias al patriótico interés de la señorita Victoria Aguirre, la cual, al enterarse de que iban a ser fundidas las piezas y láminas de plata, para hacer objetos nuevos, los adquirió por una fuerte suma, donándolos al Museo donde actualmente se conservan.

VÍCTOR ANDRÉS.



«MAUVAISES NOUVELLES»

ÓLEO DE CHARLES CATTET.

PROPIEDAD DEL DOCTOR
FRANCISCO LLOBET.



DELIO
MORALES



TRABAJADOR DE MUCHOS OFICIOS.



AIGO ahora en la cuenta de que a pesar de mi irreductible inclinación a la vida solitaria y libre, no paso en realidad de ser un hombre perfectamente social. Sobrellevo una existencia ordinaria, y yo que sólo me agitaría para hacer grandes cosas o me quedaría quieto, entregado a la inefable tortura de meditar, no tengo más que pensamientos triviales y realizo maquinalmente el vulgar esfuerzo de asistir todos los días a un empleo, cuyos deberes son siempre iguales. Quizá con más preocupaciones hago, exactamente, lo mismo que la gran mayoría de las personas que tienen por aparente destino trabajar para comer y dormir y hacer esto para seguir luego trabajando. Resulto, pues, un ser razonable y social, que sacrifica sus anhelos de acción extraordinaria a las necesidades de una vegetativa existencia, material y simple.

No obstante, advertiré. Todos los días guardan para mí un momento en que sufro la ausencia de una vida humanamente libre y desordenada; me duele mi pasiva esclavitud. Y sin duda alguna estos anhelos que debilitan mi voluntad de acción explican claramente el que yo, a pesar de haber trabajado siempre demostrando ágil inteligencia en todas las actividades siga siendo, con mis veintiséis años, un hombre sin fortuna y sin importancia.

Poco se podría, entonces, decir de mí, a través de la opinión ajena; sin embargo quizá resulte interesante saber las muchas cosas que ha hecho para vivir un hombre que no vale nada.

Mi padre era un señor simpático, algo patizambo y un tanto bebedor, tresillista y violento. Cuando yo tenía quince años me dijo: «A ver, ¿quieres ser. Ingeniero, abogado, médico, violinista... lo que te parezca mejor». Yo, respondí, sencillamente: «No quiero ser nada; me gustaría recorrer el mundo». A lo que mi padre contestó, sonriendo: «Si no fuera un poco vieja, te alabaría la idea». Pecaba de vieja esta idea de recorrer el mundo; pero realizarla no es cosa muy fácil... Y yo, no siendo nada, la voy realizando.

He recorrido parte del Oriente; estuve en el

Cairo, visité Calcuta, en un vapor francés llegué hasta Hong-Kong y Sang-Haig. En otra época, rodé por Europa atravesando campos y ciudades desde Lisboa a Moscou; luego de «polison», en un barco me fui a Las Antillas, y más tarde de La Habana pasé a los Estados Unidos. Ahora me encuentro aquí en estas regiones del Sur. He visto hombres de las razas más viejas y los países más remotos; caras oblicuas y enjutas me hablaron del ardor de los desiertos y el cansancio de las más antiguas experiencias; en las jóvenes tierras de América, pasando por los altos puentes de sus ciudades, sentí la angustia de una extraña pesadilla de hierro.

Yo no soy nada y estos viajes que hice tienen escasa significación. Hay seres privilegiados que sin moverse de un lugar gustan en sí mismos el espectáculo de todas las cosas; para esas almas profundas y claras, en las que existe una anticipación de los sucesos más inauditos, nada que ocurra en cualquier remota región resulta substancialmente original. Viviendo en el rincón más ignorante cumplen un luminoso destino que compendia y sobrepasa todas las manifestaciones y posibilidades de la realidad objetiva del mundo. Estos seres privilegiados no necesitan viajar. ¿Para qué? Pero a los espíritus mediocres como el mío los viajes les son provechosos. Corriendo tierras he recogido muchas enseñanzas que me permiten hoy considerar con relativa serenidad el vértigo ciego de las cosas y la necesaria estupidez de los hombres.

Andando por el mundo hice de todo. Desde chico me ilusionaba la idea de ser un afilador de tijeras y navajas. Ir por las calles empujando la rueda de afilar y después de tocar el silbato detenirme en las puertas arreglando tijeras y cuchillos me parecía hermoso. Estando en Rumania, cuyos caminos propician tanto el encanto de la vida errante, hice de afilador, y la práctica del oficio desvaneció pronto las ilusiones que me forjara en la niñez sobre la ventura de los galeotes de tan humilde menester. Antes y después tuve múltiples ocupaciones, siendo tan pronto artesano como oficinista. Trabajé de albañil, de panadero en una tahona francesa, obscura y triste

como un calabozo, cosí medias suelas, fui empleado de comercio y hombre de confianza de un bolsista sueco, padecí días de negro vagabundaje sin pan ni techo, e hice tantas y tan diversas cosas para vivir que durante una temporada no muy larga me utilizaron como vigía y mandadero ladrones y criminales. He oído el suave y cauto ruido de las ganzúas, el seco golpe de las puertas reventadas, el trazado sutil del diamante en los vidrios, y he visto la mano de un hombre, potente como la de un orangután, caer en el cuello pálido de una mujer, estrangulándola. Yo soy un hombre inocente y sencillo que de las cosas que se pueden ver y oír he visto un poco y escuchado otro poco. Con estos ladrones y criminales a quienes tuve por camaradas aprendí algo. El hombre que estranguló a la mujer era tan rotundamente bestia, que yo cuando lo acompañaba por las calles iba temeroso de que se abalanzase sobre la gente. Sin embargo, este chimpancé tenía dos hijos y los adoraba; satisfaciale además la música y a veces, tocando en la mandolina aires muy simples y primitivos, se le caían las lágrimas.

En este año que corre, yo, Venancio Silvestre, que por haber hecho de todo no sé bien nada de nada, me gano aquí la vida redactando noticias y comentarios en un periódico de la mañana; vale decir, yo soy ahora periodista. Juzgo prudente no hablar sobre la eficacia con que desempeño este cargo tan extraordinario; ignoro si lo hago bien o mal. Únicamente sé que obedezco a los que me mandan, y aun a los que no debieran mandarme, y tengo además la presunción de que, desde el director hasta el último ordenanza, todos en la casa me compadecen o desprecian un poco. Yo por esto no me ofendo: sospecho que mi aspecto sencillo no es muy apropiado para inspirar temor o respeto... Por otra parte, quizá esa conducta del director, redactores y ordenanzas me reporta una ventaja. Ella me viene a confirmar que ser periodista en esa forma es seguir no significando nada; nada para nadie a pesar de que yo haya recorrido tierras y tierras siendo humilde y esforzado trabajador de muchos oficios.

DIBUJO DE SIRIO.



BOLIVIA. UNA PROCESIÓN EN CHAGUAYA.

Muy preocupado estaba el viejo estanciero don Nicomedes Benites, por el «presente» que al morir, le había hecho su compadre don Calixto, el buen compañero de andanzas juveniles, el leal amigo de todos los tiempos, designándole en su testamento, tutor de su única hija, —una criatura casi cerril, casi chúcar, voluntariosa, criada en la libertad de los campos, ni más ni menos que un animalito silvestre. Porque la niña era linda en sus quince años, florecidos al sol y al aire puro, como esas plantas que brotan exuberantes en laderas y ribazos sin que nadie las riegue ni las cuide; pero, ¿de qué le servía la belleza, si su carácter urañó la hacía insociable y antipática?

Al ser notificado de la tutoría y administración de los cuantiosos bienes de la huérfana, don Nicomedes le hizo una visita, con el objeto de llevársela a vivir con su familia. La estancia de la heredera estaba situada junto a la suya, «alambrado» por medio, y desde la puerta de su rancho, se veía la casa ennegrecida por el tiempo y el coposo ombú que llenaba el patio con su sombra y sus ramajes. El, podía, pues, vigilarla desde allí, sin mayor trabajo, pero no era propio, ni correcto dejarla sola, entre los peones, sin otra persona a su lado que una anciana, achacosa y casi irresponsable.

—Vengo a buscarte, Laurencia, —la dijo —pa que vivas con nosotros. Mi mujer y mis hijas ya te han arreglado el cuarto...

Ella no le dejó concluir. Se expresó sin reatos, como quien sabe imponer su voluntad.

—Yo no salgo de aquí, ni a la juera. —Pero mirá que eso no puede ser. Soy tu tutor, que es lo mismo que si fuera tu padre y yo mando, ¿sabés? La ley me autoriza y el finao ha de aprobar, desde el cielo, mi conducta...

—Y yo respondo a todo eso que no quiero salir de mi casa.

—¿Quién te va a cuidar, entonces?

—Na Casilda.

—Pero ña Casilda está bichoca de vieja y siempre en cama...

—No importa, le digo. Mande en todo, pero en mí, mando yo.

Y se puso a llorar, con las mejillas enrojecidas por el arrebato y brillantes los ojos por las copiosas lágrimas.

No hubo forma de reducirla. El viejo sabía, que cuando aquella preciosa «gatita montés» decía que no, no existía razonamiento criollo que venciera su empecinamiento. No quiso insistir y se fué, malhumorado, maldiciendo del «regalo» de su compadre.

La preocupación de don Nicomedes tenía, pues, motivos fundados. ¡Qué conflicto, especialmente para un hombre como él, acostumbrado a la vida tranquila y a que todos, en su casa, le obedecieran y le respetaran, sin alzar la vista! Entonces pensó en su hijo mayor, recién egresado de la Escuela de Veterinaria, que iba a llegar de un momento a otro, y se dijo:

—Puede que a Ramón le haga más caso. Y Ramón llegó, por fin, y con él, de nuevo, la alegría para la buena gente.

Enterado del asunto, el mozo se echó a reír, pues ya conocía el carácter de Laurencia.

—Eso no tiene importancia, —dijo. —La muchacha es mañera desde chiquita, porque se ha criado libre y sin madre, pero, todavía es charabona y con un poco de educación, entrará por la senda, dócil al freno...

—¿Charabona? —exclamó don Nicomedes. —¡Si es una mujer hecha y derecha, güena moza y fuerte y con más orgullo que una reina!

—La reina del campo... ¿Y no la han invitado a venir, aunque más no fuera, de visita?

—Jué tu madre, ¡uí yo y fueron tus tres hermanas a convidarla y ¿sabés lo que contestó? Que ella no hacía visitas, hasta que no se aliviara el luto, como si tratara con extraños, lo que no quita qui ande tuito el día a caballo, porque eso sí, es más jinata que un domador de potros. Por esos caminos no se ve más que la polvadera, porque corre echando diablitos.

—Bueno, —dijo el mozo, —ya veremos como se compone eso. —Y agregó: Me ha dicho el capataz que mañana van a domar unos potros. Me parece que Laurencia no desperdiciará la ocasión de presenciar un espectáculo, que parece estar en armonía con sus aficiones. Yo voy a invitarla...

—Te vas a chasquiar de lo lindo.

—No le hace. Probaremos. Nada se pierde con intentarlo.

Y el mozo, esa misma tarde, muy arrogante con su traje color kaki, sus polainas de cuero y montado en el mejor caballo de la estancia, se presentó en la vivienda de la joven, la cual recién llegaba de una de sus excursiones hípias, con el pelo en desorden y la cara llena de arborescencias. Ella se sorprendió al verle, admirándose de la gallardía y elegancia del joven. Al principio no le reconoció, porque hacía más de seis años que él estaba ausente; pero, pronto comprendió que se trataba del hijo de don Nicomedes, —el «dotor», — como le llamaban. —No

La Doma

POR SANTIAGO MACIEL.

podía retroceder ya, y se quedó esperando, mientras el mozo se apeaba, diciéndola con familiaridad:

—¡Qué crecida estás, Laurencia, y linda como el sol de los campos!

Y ella, un tanto humanizada por la galantería, como mujer, al fin:

—No diga mentiras de puebleros, don Ramón.

Y el mozo, dispuesto a suprimir trascendentalismos:

—Dime, Laurencia, ¿por qué no me tuteas, como en aquellos tiempos en que los dos juntábamos huevos de teruteros y agarrábamos pichones de perdices y torcaes?

—Es que aura es diferente...

—¡Qué va a ser diferente! Yo soy el mismo. ¿Qué tenemos algunos años más? ¿Y eso qué importa? Para mí, tú eres la niña traviesa de los diez años y así debo de ser yo, para mi compañera de correrías infantiles...

—Güeno, será así, si a usted le parece.

casa, tanto, que si la dejara me moriría. Es la querencia, don Ramón...

El se rió campechanamente y mirándola a los ojos, hasta hacerla bajar la cabeza, dijo:

—Dejemos eso para otro día. Ahora, te vengo a pedir que renovemos nuestra antigua amistad y que vayas mañana a visitarnos, aunque sea por un ratito. Hay doma de potros, solemnizando mi llegada y ¡cómo a ti te gusta tanto ver esas cosas!...

Ella interrumpióle:

—Gracias, don Ramón, pero no puedo. Ya dije que no saldría de aquí y no pondré un pie más allá del alambrado.

El «dotor» se despidió algo despedido, no sin antes pedirle permiso para visitarla.

En el camino, de regreso, el mozo pensaba:

—¡Diablo de chical! ¡Qué carácter original, a fuerza de ser nativo! ¡Y es atrayente y sugestiva, a pesar de sus imperfecciones morales! Lo que hay es, que la Naturaleza la hizo



—Si a ti te parece, —repitió él, con retintín...

—Güeno, —dijo ella, —no vamos a pelear por eso.

Y agregó, con cierto mohín espontáneo, que la sentaba muy bien:

—Dentre, don Ramón, si quiere descansar y tomar un mate.

Y él entró, admirado de aquella belleza criolla, sin alifio, de piel trigueña, cuya tersura, ni el aire, ni la luz habían alterado; de aquellos ojos profundamente oscuros, como el misterio de su alma rebelde y de aquella arquitectura femenina, que se columbraba bajo el amplio ropaje, como la fruta dorada bajo las hojas, excitando con la hermosura promisorio de su dulce carne... y se dijo:

—¡Si no es como la pintan! Yo la encuentro un poco silvestre, nada más, como el ambiente en que vive.

Ya sentados, ella promovió la conversación:

—¿Qué le ha dicho de mí don Nicomedes? Ha de estar enojado, porque no quise darme con él. ¡Qué se le va a hacer! Yo quiero a mi

hermosa, como ha hecho las grutas y los bosques, con flores y espinas, zarzas y aromas, lo que no impide que sean creaciones encantadoras.

En su casa, contó lo que le había sucedido. Don Nicomedes se puso de mal humor, otra vez, exclamando:

—Ese es un potrero que no lo doma naide.

El joven contestó:

—Tata, científicamente, no hay potros indomables. Todo consiste en saber amansarlos.

—Güeno, a ver si domas a ese... sin castigo.

Entonces el cuidador de caballos, que había oído el diálogo, mientras desensillaba, dijo, tomándose, como siempre, más confianza de la que le consentían:

—Si me la dejarán a mí, pronto iba a sentir el freno...

Ramón, indignado, le gritó:

—Usted vaya a cumplir sus deberes. Nadie lo ha autorizado a meterse en las conversaciones de la familia.

El aludido bajó la cabeza y se fué, rezon-

gando, bajo las severas miradas del joven diciéndole a media voz:

—Es que esa no es de la familia... por aura, al menos...

La doma había empezado, desde el amanecer, en la forma brutal de otros tiempos. Los animales, empapados en sudor, echando sangre por la boca y las heridas que en sus ijares hicieran los «taleros» y «nazarenas», disparaban, al sentirse libres, arrastrando las patas, temblorosas y enfurecidas, cuando Ramón apareció, en el preciso momento en que el cuidador de caballos parecía que iba a quebrar por el espinazo a un hermoso alazán, tierno todavía, tales eran los «sofrenazos» y los azotes que le daba. El pobre animal arqueaba el cuerpo hasta tocar la cabeza en los corvejones y de pronto se abalanzaba, parándose de manos, como para bolearse, arrojando espuma sanguinolenta que iba a posarse en copos sobre las ancas lustrosas.

—Bájese, —gritó Ramón. —Eso no es domar, es martirizar a los animales.

El cuidador se desmontó de mala gana, interrogándole con desquite.

—¿Y cómo va a domarlo, entonces, dándole besos?

—Usted es un atrevido; pero yo voy a enseñarle como se procede. Sáquele pronto el recado y póngale otro freno más fino.

El cuidador obedeció, riéndose estentóreamente.

Entonces, el joven, sin hacer caso, tomó de las riendas al caballo, le pasó varias veces la mano por el húmedo cuello, que se estremecía al sentir el contacto, y lo paseó, tirando suavemente de las riendas. Luego, lo dejó descansar, atándolo al palenque, repitiendo más tarde la tarea.

—Ahora, póngale una montura inglesa, y guarde esos trastos ordinarios en el galpón.

Le apretó la cincha él mismo y volvió a pasearlo durante una hora.

—Colóquelo en el pesebre sin sacarle la silla, asegúrelo bien y esta tarde me lo trae, otra vez, cuidando de que no se aborrote.

Los peones no se atrevían a sonreír, pero pensaban que aquello era cosa de risa, y cuando volvió el cuidador y le vieron la cara, casi explosionaron, teniendo que darse vuelta, para que el joven no advirtiera sus gestos de burla. Pero la burla se trocó en asombro, cuando, algunos días después, vieron al «dotor» montado en el alazán, sin que éste hiciera ninguna manifestación bravia, obediente a la rienda, manso, tan manso, como el más viejo de los caballos de la estancia.

Ramón visitaba asiduamente a la huérfana. La última vez que la vió, estuvo tan amable y atenta con él, que quedó sorprendido. Ese día, por supuesto, la encontró más bella —si era posible, — más bien arreglada, y sobre todo, más femenina. Parecía que lo esperaba, porque salió a la puerta a recibirle, sencilla y afable, con la naturalidad de los seres que no ocultan sus sentimientos. El, impelido por extraño impulso, la tomó de las manos y la miró en los ojos. Ella lo miró, también, sonriente, sin malicia, como si toda su alma se asomase por sus pupilas negras.

¿Qué pasó, en ese momento, por el espíritu del joven? Algo inexplicable, porque la atrajo, con ímpetu, hacia sí, diciéndola:

—Si yo tuviese, Laurencia, una mujer-cita como tú, ¡qué feliz sería!

Como ella guardara silencio, sin hacer esfuerzo alguno para desprenderse de sus brazos, agregó, con anhelo:

—Dime, preciosa, que me quieres un poco, un poco no más, pero dímelo, si lo sientes así, como hace la Naturaleza, que no miente nunca.

—Sí, —dijo ella, —lo quiero, no un poquito, sino ¡mucho! ¡mucho!, porque lo quería desde antes de dírse.

Y se dejó besar, como una flor se deja aspirar el perfume.

—Bueno, —dijo, de pronto, Ramón, —ahora no tendrás inconveniente en ir a casa. ¿Quieres que vayamos juntos?

Y sin dárle tiempo a reflexionar, la tomó del brazo, apretándosele, por temor de que se le escapara y se la llevó casi corriendo. No habían llegado aun a las casas, cuando él empezó a gritar:

—¡Tata, mama, muchachas! ¡Aquí viene Laurencia!

Todos salieron al patio y al verla del brazo del joven, tan tranquila y satisfecha, y aunque intrigados, la colmaron de atenciones.

—¿Qué ha ocurrido? —interrogó don Nicomedes.

—Ha ocurrido, —contestó el mozo, —que Laurencia y yo nos queremos y vamos a casarnos, si usted nos da el consentimiento.

Y agregó, bromeando, mientras la acariciaba enternecido:

—Yo la domé para mí.

—No, no ¡juistes vos, —dijo, riéndose, don Nicomedes. —Tu cencia esta vez no ha servido pa nada.

—¿Y quién fué entonces?

—El amor, ¡ay ¡jun! que es el domador más baquiano del mundo.

DIBUJO DE ZAVATTARO.



ESCUELA HOLANDESA

MONDANDO HABAS
ÓLEO DE WEIJNS JAN HARM.

PREMIADO CON MENCIÓN HONORÍFICA
EN LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE
BUENOS AIRES DE 1910.

PROPIEDAD DEL SEÑOR
JOSÉ MÉNDEZ CASARIEGO.



DON RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

La estética en el café.



LEGUÉ a Madrid una noche de invierno. A través de los cristales del coche, crucé la ciudad, desierta y fría, arrebuja en la niebla. El Prado... La Cibeles... calle de Alcalá...

Ya en mi alojamiento, no pude resistir el deseo de pasear mi curiosidad por la famosa Villa; sus noches eran de gran sugestión para mi espíritu. La Puerta del Sol y las calles que la circundan era lo único animado con un ritmo de vida. La ciudad, desierta, sólo parecía habitada por mujeres que a nuestro paso vocean *el Herald*.

Pero allí, detrás de los focos que rielaban su luz gris sobre la acera mojada, estaba el café; café madrileño, cuya influencia es para nosotros tan agradable, aunque el motivo sea superficial: con sus «peñas» de consagrados, como una prolongación de las famosas «sobremesas» del Atico; con sus tristes «peñas» de fracasados, desde «El Café», de Moratín, hasta «La Lusa de los Sueños», de Benavente.

Allí, encontraría algunos hombres, a través de cuyas obras de arte, habían ganado mi admiración y afecto. Medianoche era por filo, como canta el romance, cuando entré al «Lion d'Or»; y cuál no sería mi sorpresa, al ver el café con muy poca gente, en un ambiente recogido y silencioso. Un buen rato llevaba sentado, cuando de un saloncillo del fondo vi salir, envuelto en su capa, pálido el rostro, ilustrado por sus largas barbas de chivo, seco como un cenobita, el fulgor de su mirada tras los grandes anteojos de carey, con un andar nervioso, menudo y rápido, a don Ramón del Valle Inclán.

A punto estuve de detenerlo, para estrechar su única mano gloriosa y ofrecerle, como un ramo de rosas nacidas en las tierras de Indias, las rosas de mi admiración; mas lo miré pasar lleno de emoción y respeto. Volvió con una caja de cigarrillos egipcios en la mano, para seguir presidiendo los ritos de arte y divertimento, en el rincón solitario del café, rodeado por Anselmo Miguel Nieto, Martínez Corbalán, Ricardo Baroja, Juan José Llovet, Penagos, Moya del Pino... Y yo, no queriendo borrar de mi retina la visión del maestro, me retiré recitando el soneto de Rubén:

«Este gran don Ramón del Valle Inclán me inquieta».

Asistí a aquellas reuniones. Un día en que Corbalán se burlaba de Carrère, por habersele ocurrido aquella imagen comparando a la luna con una moneda de plata; Llovet ensayaba frases ingeniosas, Moya del Pino hacía retratos futuristas y Penagos hablaba con una deliciosa mujercita francesa — alguien dijo al autor de «Aromas de Leyenda»:

— ¿Sabe usted, don Ramón, que Marquina ha declarado no escribirá más dramas en verso?

— Es que no debía escribirlos tampoco en prosa... Contestó Valle Inclán, con su palabra ceceante y temible.

Le pregunté entonces por la suerte de su teatro poético, con relación al de otros que hoy tienen acaparados los escenarios españoles.

— Yo quise que en mi teatro el verso correspondiera a la acción, para que formase todo una unidad de belleza; ahora que los cómicos no pueden acostumbrarse a eso. La lucha es inútil: son muy bestias. No pueden salir de Villaspesa y Marquina, que no han creado nada, concretándose a ver una prolongación de Zorrilla: algo muy endeble.

Nosotros pensamos en la malaventura de lo bello y lo grande...

Don Ramón del Valle Inclán ha escrito las obras más originales y bellas del teatro español contemporáneo. Su «Romance de Lobos» es una creación portentosa, que acreditaría a un genio en cualquier literatura del mundo; — recordamos que la guerra impidió su estreno en París, cuando ya estaba anunciada y publicada en hermosa traducción — según él — por el «Mercure de France». — «Voces de Gesta», tiene la grandeza que atesoran las páginas del romancero y por sus escenas corre una emoción honda y sincera. «La Marquesa Rosalinda» y «Cuento de Abril», obras llenas de exquisita novedad y música imponderable... Nosotros, al pensar en el teatro de Valle Inclán, como en casi toda su obra, pensamos con los ojos; porque sus personajes y sus escenas, los recordamos como concepciones pictóricas; indudablemente él los ve tal un pintor: así, a veces, creemos estar ante maravillosos retablos animados.

Hablando de su estilo, comparado con el de otros escritores — Ricardo León sirva de ejemplo — está de acuerdo con la respuesta que dió «Azorín» al autor de «Crítica Profana».

«El estilo es la personalidad a través de la cultura — dice. — Yo, a la influencia de Quevedo o Cervantes, he preferido la de los primitivos escritores, donde se encuentran los giros más ingeniosos y puros del idioma; como en «La Conquista de Nueva España», por Bernal Díaz Castillo, en los autores anónimos de «Las Crónicas», en los místicos...

«Así, si un escritor lee a un solo clásico, resultará un imitador; pero si sus elementos son tomados de muchos, toda huella de imitación es difícil de encontrar y su personalidad es más robusta. El secreto de los grandes prosistas o poetas — los creadores — está en situarse ante la vida como un hombre sin tradición, llevando toda la tradición a la espalda, y como si él fuese el primero que va a ver las cosas. Es el caso de Rubén, el de Lugones... Y luego, como gustando un pensamiento con voluptuosidad, añade:

«¡Oh, Rubén, en su última manera, la forma sabía con que cantó en Mallorca...!»

Al maestro le piden su opinión sobre un libro.

— No vale nada — contesta.

Alguien dice su sospecha de que don Ramón no ha leído aquel libro.

— Es cierto — dice. — No lo he leído; leo muy poco. Pero tengo un procedimiento infalible para saber si un libro es bueno o malo.

Todos interrogan con avidez; él se explica: a veces le basta el título y la portada, para no seguir más adelante. Otras, ya en la primera página, le pide a su señora que marque en un papel en blanco el tamaño de las palabras, y viendo aquellas líneas, sabe si es bueno o malo. Pone un ejemplo.

Las hijas de las madres que amé tanto...

Inclitas razas ubérrimas...

— ¿Y dónde está el secreto de ese conocimiento?

— Si es malo, ha de haber muchas líneas cortas, como en lo primero; eso quiere decir, abundancia de artículos y preposiciones y todo lo que se pone de relleno. Lo segundo, líneas largas, significa conocimiento del idioma, plenitud; cada palabra dice algo. Y el escritor debe buscar esa síntesis, en la que culminan las lenguas griega y latina.

— ¿Pero algunas veces ha de equivocarse?

— Muy pocas.

— Por ese procedimiento, no hubiera usted descubierto a Juan R. Jiménez.

— Es que en Jiménez el idioma es lo de menos; tanto daría que escribiese por gestos...

Don Ramón del Valle Inclán tiene ahora gloria y dineros. Dicta en la Universidad de Madrid, una clase de Estética y hay una juventud literaria que le llama padre y maestro, mago en letras castellanas. El nos ha descubierto el alma trágica de su Galicia natal: ¡Oh, *Flor de Santidad*; *Adega*, en cuyos ojos llama azul fulgura, de la piedad humilde...

Ha sabido hacer tan noble al Marqués de Bradomín, tan perverso y galante y refinado, que su autor puede darse la mano con el Abate Casanovas o con M. J. Barbey d'Aurevilly. Ha escrito, en fin, tanta y tanta bella página inmortal.

Ahora, anhela el castillo de sus antepasados, los señores de Caramiñal, en la costa, donde las olas del mar Cantábrico pasan con su armonía eterna; y allí, como un voluptuoso del silencio y la soledad, encerrará su leyenda; Valle Inclán tiene leyenda. Historia ya la tiene cualquiera...

VALENTÍN DE PEDRO.

Madrid, 1919.



firmas ajenas ~ EL HALLAZGO.

(En el estudio del abogado Speroni. Entra Spinetti: cuarenta años, elegante, todavía bastante rubio, sonrisa cortante.)

— Buenos días, abogado.

— Buenos días... Tenga la bondad de sentarse.

— Usted no se acuerda de mí, ¿verdad?

— Verdaderamente...

— Spinetti. Carlos Spinetti... Nos hemos conocido algunos años atrás.

Entonces también usted se daba buena vida...

¿Me mira? ¿Acaso he cambiado?

— No, no es eso... Al contrario, por más que me esfuerzo, no logro recordar...

— Pero sí, ¡caramba!

Nos hemos puesto en relación dos veces. Hace diez años, la primera, por una cuestión de honor, ¿recuerda? Eramos padrinos adversarios...

— Ah, sí, sí; recuerdo.

— ...Luego, dos años más tarde. Una vez más fué usted mi adversario en otro pequeño asunto...

— Judicial. También lo recuerdo. Spinetti: Spinetti Carlos. Recuerdo.

— Pero fuí absuelto. Por inexistencia...

— ¿Inexistencia? No me parece...

— Sí, por inexistencia de pruebas suficientes...

No es por decir, pero conseguir esto, teniendo en contra un abogado como usted, es una hazaña.

— Por favor: usted es muy amable.

— No, no. Siempre he sentido por usted grande estimación; siempre he apreciado a las personas que me han dado que hacer, ¡y vaya si usted me lo ha dado!

— ¿Qué quiere usted?... El deber...

— Sí, usted es persona preciosa o peligrosa, según los casos: es usted uno que «encuentra», como decimos nosotros.

— ¿Quiénes?

— Nosotros... pues. (Pausa.)

— Y... ¿en qué puedo servirle?

— Precisamente en esto: necesito de usted un «hallazgo». Comúnmente también a mí se me ocurre alguno. Y de los buenos... Pero esta vez no se me ocurre.

— Oigamos.

— ¿Usted conoce al duque Lanzoni?

— ¿Memé Lanzoni? Hemos sido compañeros de colegio.

— Muy bien. El asunto se resolverá aún más fácilmente. ¿Y a Spizzichino, le conoce usted?

— ¿Aarón? ¿el prestamista? Lo he conocido en otros tiempos.

— Pues se trata de esto...

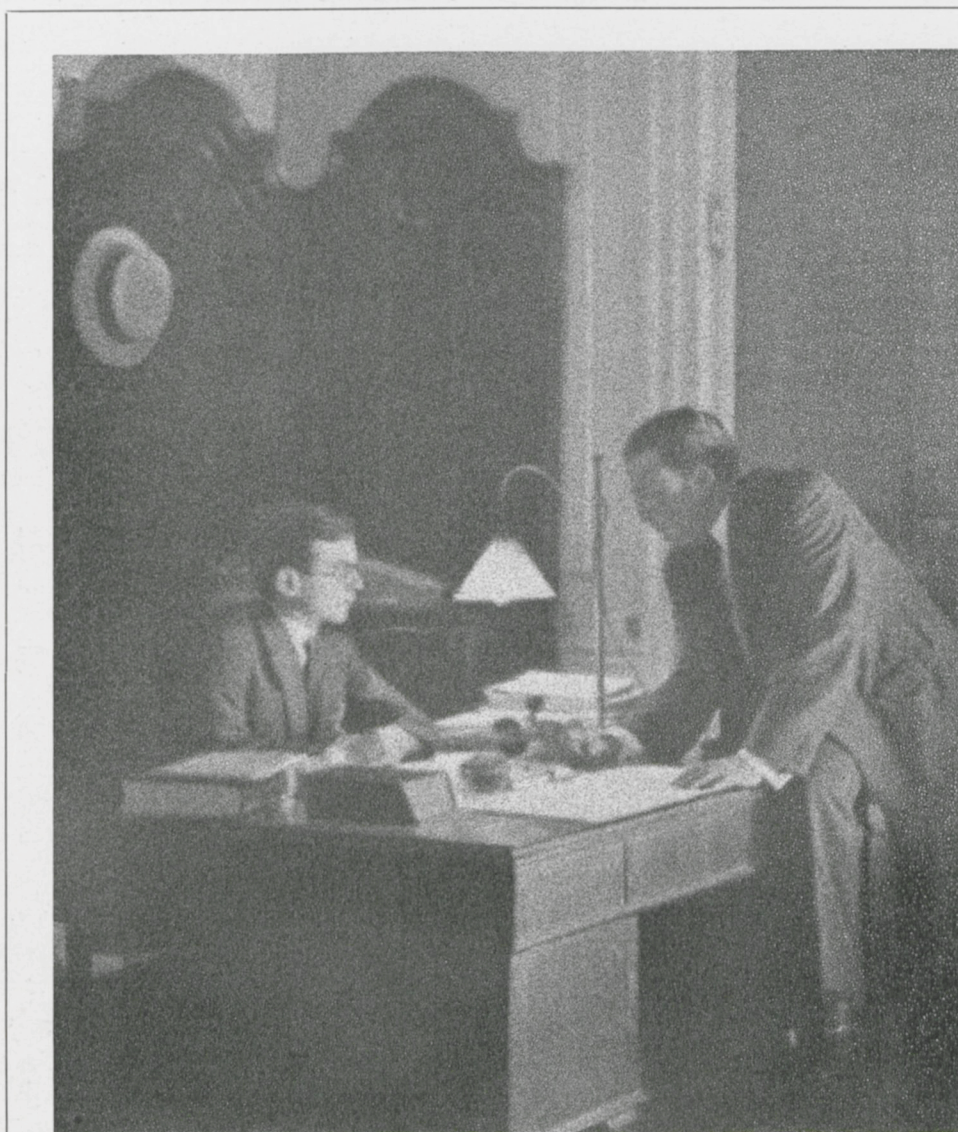
— Naturalmente, de algún negocio de usura: ¡si están de por medio Memé Lanzoni y Aarón Spizzichino!... ¡Pobre Memé! Aquella mujer se lo come vivo.

— No, abogado. Marión, por esta vez, no tiene nada que ver en el asunto. Yo sí, en cambio.

— No comprendo.

— En seguida se lo explico. Hace dos meses, pues, yo fui a ver al óptimo Aarón y le dije: Mi querido Aarón, el duque Lanzoni me escribe desde París que necesita treinta mil liras... Aarón quedó algo perplejo, luego rascóse la barba...

— Y aceptó.



— Veo que usted lo conoce. Cuando Aarón se rasca la barba, asunto arreglado. Y arreglamos el asunto: cinco o seis días después fui a casa de Aarón con cuatro pagarés de diez mil liras, con la firma del duque y a vencer cuando muera el padre; y cobré las treinta mil liras. Después de lo cual subí a un tren, y... (Pausa.)

— Y... usted no llevó las treinta mil liras a Lanzoni.

— Naturalmente.

— Oh, es un asunto muy sencillo. Estafa y apropiación indebida, artículos...

— No, vea. Usted no ha entendido nada. No hay ni estafa ni apropiación indebida. Hay simplemente una falsificación...

— ¡Ah! las firmas...

— Eso es. Estaban... imitadas.

— Bueno, entonces, artículo 280, penitenciaría de uno a tres años...

— Lo sé muy bien. Y es precisamente lo que no quería. Sería el primer paso... Y a mi edad los primeros pasos son siempre ridículos.

— ¿Y qué va usted a hacer? Memé no consentirá ciertamente en aceptar como suyos los autógrafos que usted le ha fabricado.

— En efecto, así también lo creo yo.

— Aarón, por otra parte, no vacilará un momento en denunciarle.

— No lo dudo.

— ¿Pues entonces? No hay salida, querido mío.

— Es decir: habría salida después de muchos meses... No, no; no me conviene. Hace falta el hallazgo, querido abogado. Por lo mismo he venido a verle. Estoy seguro de que si usted busca, algo hallará... Mire (sacando de la cartera cinco billetes), estas son cinco mil liras, que es cuanto me ha quedado de las treinta que me dió el buen Aarón. Veinticinco se me han ido en estos dos meses entre Montecarlo y Niza... Yo las deposito en sus manos. Sáqueme usted de este lío, y las cinco mil liras son suyas.

— Pero... querido Spinetti... yo no sé en verdad cómo... Ese artículo 280 es un artículo muy estrecho, muy desnudo, justamente como... la celda de una penitenciaría.

— Sin embargo...

— No, vamos. Es inútil. Aunque tomara estas cinco mil liras y se las llevara al duque o al excelente Aarón...

— De ningún modo. Le he dicho que son suyas: por la molestia que usted se da.

— Es que no hay molestia, cuando le digo...

— Hágame caso, abogado: no me diga nada. Medite la cosa. Estoy seguro de que algo se le ocurrirá.

— ¡Qué quiere usted que se me ocurra, santo Dios! Escuche: tome sus cinco mil liras, váyase a Nápoles, suba al primer vapor que parte para América, y...

— ¡Nuncal! ¡En América con cinco mil liras! Usted bromea. Me alcanzarían para los cigarrillos. Además, el mar me hace daño. (Levantándose.) Repito: medite la cosa. ¿Qué le cuesta? Volveré dentro de cinco o seis días. Hoy es miércoles... pasaré el lunes. ¿De acuerdo?

— ¿Qué puedo decirle? Pase... Pero no se haga usted ilusiones absurdas.

— Para mí sólo hay una cosa absurda: las firmas del duque Lanzoni son falsas.

— ¡No!...

— Son falsas.

— (Agitadísimo.) No... no... no...

— Falsas.

— Pero si me las ha traído Carlitos Spinetti... ¡Oh, qué desgracia! ¡Pobres hijos míos!... ¡Estela, Estela!

— Deje a las mujeres. Hablemos los hombres y veamos cómo puede arreglarse este asunto.

— ¿Qué quiere usted arreglar? Estoy sobre la paja, en medio de la calle, mi doctor...

— Cállese, Aarón, y razonemos. Las firmas, pues, eran falsas. Spinetti me ha confesado haberlas... imitado.

— ¡Oh, lo mando a la cárcel! ¡En seguida! ¡En seguida!... ¡Estela, mi sombrero! Voy ahora mismo a la comisaría. ¡A la cárcel! ¡A la cárcel! ¡En seguida!

— Sí, a la cárcel. No hay nada que decir. Basta que usted lo denuncie y ya lo encierran. Nadie le saca de encima tres años. Pero ¿y después?

— ¿Después?

— Después, sí. ¿Quién le devuelve sus treinta mil liras?

— ¡Cuarenta mil, señor abogado!

— Cuarenta mil, sea. Y bien, ¿quién se las devuelve?

— (Sollozando.) ¡Ah, pobres hijos míos! ¡Pobre hija mía!

— Cállese, Aarón. Si he venido a verle es porque creo que hay modo de que no pierda usted un centavo.

— ¿Y cómo?...

— Dando al duque otras treinta mil liras...

— (Saltando.) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Está

surda, querido abogado: el código.

— Es usted un rico tipo. Y... ¿no quiere un recibo?

— ¡No faltaba más! Entre caballeros.

— Demasiado amable...

— Deje la ironía, abogado. Ya verá que el lunes, cuando vuelva, todavía seré un caballero...

Y quién sabe si un día de estos no hemos de volver a encontrarnos en alguna cuestión de honor...

surda, querido abogado: el código.

— Es usted un rico tipo. Y... ¿no quiere un recibo?

— ¡No faltaba más! Entre caballeros.

— Demasiado amable...

— Deje la ironía, abogado. Ya verá que el lunes, cuando vuelva, todavía seré un caballero...

Y quién sabe si un día de estos no hemos de volver a encontrarnos en alguna cuestión de honor...

—

(En casa de Aarón Spizzichino, en la judería. Suciedad, sillas rotas y olor de gato.)

— Buenos días, mi querido Aarón.

— ¡Oh, señor abogado! ¡A quién vemos!... ¡Desde cuatro años! ¡Estela, oye, Estela! Trae una silla para el doctor.

— Gracias, no se moleste, Aarón. Estoy seguro de que nos despacharemos pronto.

— Muy contento si es por poco... ¡Por desgracia ya no soy el Aarón de aquellos tiempos! Pero por usted, mi doctor, haré todo lo posible. ¿Trajo usted el documento?

— No se trata de mí, Aarón. Vengo por aquellos cuatro pagarés del duque Lanzoni...

— Ah, el duque... Sí, sí. ¡Oh, qué gran señor, ese! ¿Y el padre cómo está? Después de aquel contratiempo del año pasado, ¿no ha tenido más nada? Ah, pobrecito, somos viejos, es sabido...

— Querido Aarón, al grano: las firmas del duque Lanzoni son falsas.

— ¡No!...

— Son falsas.

— (Agitadísimo.) No... no... no...

— Falsas.

— Pero si me las ha traído Carlitos Spinetti... ¡Oh, qué desgracia! ¡Pobres hijos míos!... ¡Estela, Estela!

— Deje a las mujeres. Hablemos los hombres y veamos cómo puede arreglarse este asunto.

— ¿Qué quiere usted arreglar? Estoy sobre la paja, en medio de la calle, mi doctor...

— Cállese, Aarón, y razonemos. Las firmas, pues, eran falsas. Spinetti me ha confesado haberlas... imitado.

— ¡Oh, lo mando a la cárcel! ¡En seguida! ¡En seguida!... ¡Estela, mi sombrero! Voy ahora mismo a la comisaría. ¡A la cárcel! ¡A la cárcel! ¡En seguida!

— Sí, a la cárcel. No hay nada que decir. Basta que usted lo denuncie y ya lo encierran. Nadie le saca de encima tres años. Pero ¿y después?

— ¿Después?

— Después, sí. ¿Quién le devuelve sus treinta mil liras?

— ¡Cuarenta mil, señor abogado!

— Cuarenta mil, sea. Y bien, ¿quién se las devuelve?

— (Sollozando.) ¡Ah, pobres hijos míos! ¡Pobre hija mía!

— Cállese, Aarón. Si he venido a verle es porque creo que hay modo de que no pierda usted un centavo.

— ¿Y cómo?...

— Dando al duque otras treinta mil liras...

— (Saltando.) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Está

surda, querido abogado: el código.

— Es usted un rico tipo. Y... ¿no quiere un recibo?

— ¡No faltaba más! Entre caballeros.

— Demasiado amable...

— Deje la ironía, abogado. Ya verá que el lunes, cuando vuelva, todavía seré un caballero...

Y quién sabe si un día de estos no hemos de volver a encontrarnos en alguna cuestión de honor...

—

(En casa de Aarón Spizzichino, en la judería. Suciedad, sillas rotas y olor de gato.)

— Buenos días, mi querido Aarón.

— ¡Oh, señor abogado! ¡A quién vemos!... ¡Desde cuatro años! ¡Estela, oye, Estela! Trae una silla para el doctor.

— Gracias, no se moleste, Aarón. Estoy seguro de que nos despacharemos pronto.

— Muy contento si es por poco... ¡Por desgracia ya no soy el Aarón de aquellos tiempos! Pero por usted, mi doctor, haré todo lo posible. ¿Trajo usted el documento?

— No se trata de mí, Aarón. Vengo por aquellos cuatro pagarés del duque Lanzoni...

— Ah, el duque... Sí, sí. ¡Oh, qué gran señor, ese! ¿Y el padre cómo está? Después de aquel contratiempo del año pasado, ¿no ha tenido más nada? Ah, pobrecito, somos viejos, es sabido...

— Querido Aarón, al grano: las firmas del duque Lanzoni son falsas.

— ¡No!...

— Son falsas.

— (Agitadísimo.) No... no... no...

— Falsas.

usted loco? ¡Después de haberme embrollado de este modo!

—No es él quien le ha embrollado. Ha sido Spinetti.

—Es cierto.

—Bien, usted ha confiado en el duque por cuarenta mil liras; puede confiar igualmente por ochenta mil.

—¡Pero usted está loco! ¿Y quién me da, a mí, pobre viejo, otras cuarenta mil liras?

—Treinta mil...

—Treinta mil, sea. ¿Quién me las da? Duermo sobre la paja...

—Bah, si es por eso, las encontrará, Aarón. Busque entre la paja... Mientras tanto razonemos. ¿No es mejor para usted tener que recibir ochenta mil liras de Memé Lanzoni, que cuarenta mil de nadie?

—¿De nadie?

—Sí, de nadie. Spinetti seguramente no ha de pagarle.

—¡Pero yo lo mandaré a la cárcel!

—Sí, lo sé. Tres años de penitenciaría... que le costarán diez mil liras cada uno.

—Es cierto...

—...Sin los intereses.

—Pues entonces... ¿Quiere usted que arriesgue perder otras cuarenta mil?

—No, querido Aarón, no hay riesgo. El anciano duque está en las últimas, y muy pronto... Se trata, pues, de ganar otras diez mil...

—¿Está usted seguro?

—Como estoy seguro de que cuarenta mil y cuarenta mil suman cinco mil...

—¿Cómo?

—Quiero decir ochenta mil... Concluyamos: si le traigo aquí al mismo duque en persona para firmarle por ochenta mil liras...

—...En blanco...

—...En blanco, ¿está usted dispuesto a devolver los cuatro documentos de Spinetti?

—(Después de una pausa.) Usted dice que el anciano no durará mucho, ¿no?

—Hum, no creo. Esas son enfermedades que...

—Bueno... Haga usted, doctor. Me pongo en sus manos.

(En el tocador de Memé Lanzoni, quien acaba de volver de la caza al zorro y está mudando de ropa.)

—Buenos días, Memé.

—¡Oh, querido abogado! ¿Qué novedad hay? Han de ser como dos años que no nos vemos. Siéntate. Y discúlpame de haberte hecho pasar aquí...

—No faltaba más. Al contrario. ¿Buena caza hoy?

—Regular. Dos galopes discretos.

—¿Lindas Amazonas?

—Las mismas. «Simoneta», querido amigo, ¡qué portento! Todos me la envidian. ¡Qué estampal!

—Como Marión.

—Mucho mejor. Menos caprichos. ¿La conoces?

—No tengo ese gusto. Hace mucho que no frecuento el gran mundo.

—Es verdad. En efecto, ya no se te ve. Siempre ahogado en medio a los códigos... Me dicen... (Alcriado.) No, Juan, los otros tirantes: esos iguales a las ligas. Eres un asno, querido Juan.

—¿Te dicen?

—Sí, me dicen que estás haciendo

plata. ¡Hombre feliz! ¿Quieres tomarme en tu estudio?

—Buena la harías, ¡pobre Memé!

—Es que tarde o temprano, mientras viva papá, será necesario que me decida a hacer algo. De otro modo, ¡ay!

—Lo lamento, entonces...

—¿Qué?

—...De haber venido a causarte otra pesadumbre.

—¿Tú?

—¡Por desgracia!

—¡Al diablo los abogados! ¡Pero caramba, ni siquiera puede uno confiar en los compañeros de escuela! No, oye, hoy no es el caso de venir a hablarme de negocios. Pasa otro día, querido... Figúrate, mañana es el cumpleaños de Marión, y no sé qué hacer. Así, pues, piensa si...

—Sin embargo, querido Memé, será necesario que me escuches cinco minutos. Puedes imaginarte si no ha de serme penoso venir a causarte un

—¿Spinetti?... ¿Spinetti?... Aguarda: me parece que una vez me habló de él Marión. Pero yo no lo conozco. ¡Qué canalla! Aun quedaba quien me habría dado dinero, y este pillo lo explota, en mi nombre, ¡en su provecho! ¡Ah, pero lo mandaré a la cárcel!... ¿Me parece que se puede?... ¡Cómo no! Si quieres yo mismo me encargo de eso.

—¿Si quiero? ¡Pero en seguida, caramba! ¡En seguida! (Se pasea pensativo.) ¡Cuarenta mil liras! ¡Nada menos!... ¿Estás seguro? ¡Cuarenta mil liras con mi firma!

—Completamente seguro: treinta mil, más diez mil de intereses.

—No importa: siempre es un negocio buenísimo. ¿Sabes que ese tu Brichetti es maravilloso?

—Spinetti.

—Es lo mismo. Debe ser un hombre extraordinario. Te aseguro que yo jamás lo habría conseguido. Casi

a ese otro canalla del camisero, que... ¡uf! En seguida. A la cárcel.

—Sí, en seguida, querido mío. No se necesita mucho trabajo.

—¡Pero qué bandido! Pensar cuanto debe sudar una persona decente para procurarse dinero... Y uno debe ver a cualquier Marchetti...

—Spinetti.

—Sí, es lo mismo... ¿Qué hay, Juan?

—Esta carta, Excelencia...

—Ah, es Marión... Pobre chica, me espera mañana al mediodía. Es su fiesta. ¡Pero!... ¡Va mal, querido abogado, va mal! Pobrecita, deberé hacerme el desmemoriado. Y me duele... No se lo merece... Es tan buena... (Pausa.) Di...

—¿Qué?

—¿Crees de veras que tu Samuel?

—Aarón.

—...Que tu Aarón esté dispuesto...

—¿A qué?

—A darme... a hacerme... Juan, hazme el favor de irte un momento al infierno: te llamaré.

—¿A darte las treinta mil liras? Estoy seguro. Tú comprendes que antes que perder las otras...

—Pero sería una vergonzosa usura.

—Una innoble usura, lo sé. Pero, tú dirás.

—Porque, ves...

(Se pasea.)

—Por lo demás, repito, en la testamentaria...

—Eso es cierto...

—¿Cómo está papá?

—Y... muy bien. Nunca ha estado tan bien.

—Tú dirás, te repito.

—Y... dime también: ¿cuándo podría hablarse con ese tu Isaac? Es que acaso podríamos ver...

—Ahora mismo, si quieres. A esta hora está en casa.

—¡Oh! (Pausa.)

¡Juan! ¡Juan!... ¿Dónde se ha metido ese imbécil?

—Ordene, Excelencia.

—El sobretodo, el sombrero. Rápido, marmota.



fastidio, un fastidio bastante grave...

—¡Diablos!

—Ah, sí. Muy grave.

—Bien, oigamos: ¿quién es el sucio usurero que te envía?

—Aarón.

—¿Aarón?... No lo conozco.

—Sin embargo, tiene cuatro pagarés tuyos.

—¿Cómo?... Juan, esta corbata es un desastre...

—Excelencia, depende de las camisas.

—Es cierto... Decías, pues, doctor... ¿cuatro pagarés? Bromeas.

—No bromeo. Cuatro pagarés de diez mil liras, en blanco, firmados Guillermo Lanzoni de Cormile.

—¡No! ¡Yo jamás he firmado nada al señor Aarón! Aguarda un poco...

Que no me haya olvidado... Juan, ¿quieres salirte de entre los pies, viejo imbécil?... Pero no, no, nunca.

¡Nunca he firmado nada!

—Lo sé.

—¿Pues entonces? ¿Qué vienes a contarme?

—Que tus pagarés los ha firmado por ti... otro.

—¡Caramba! ¿Y quién es ese sinvergüenza?

—Un sinvergüenza, en efecto: cierto Spinetti. ¿Lo conoces?

es un crimen mandarlo a la cárcel. ¿Fumas?

—Gracias. Ves... esto precisamente quería proponerte. ¿No se podría tratar de arreglar la cosa?

—¿Arreglar? ¿Estás loco? ¿Y qué es lo que quieres arreglar? ¿Quieres que acepte la paternidad de esas firmas para dar gusto a un pícaro que ni siquiera conozco?

—No digo eso: no para dar gusto a él. ¿Pero si pudieras hallar el modo de dártelo también a ti?

—No te entiendo.

—Quiero decir: si por ejemplo, el óptimo Aarón te facilitara otros treinta billetes de mil, ¿no le firmarías, retirando los documentos de Spinetti, ocho pagarés tuyos, auténticos, de diez mil liras?

—Hablas en broma, espero. ¡Lindo negocio me vienes a proponer! ¡Ochenta mil liras por treinta mil! Muchas gracias, querido.

—Oye, tú las pones en la testamentaria, y...

—¡Pero estás loco! ¡loco de atar! Ya de sobra me han ahorcado. Basta ya.

—Entonces, no se hable más. Pensemos más bien en mandar a la cárcel a ese canalla de Spinetti.

—¡En seguida, en seguida! Como

(En el estudio del abogado Speroni.)

—Querido abogado.

—Oh, querido Spinetti.

—¿Y?

—Aquí tiene usted los pagarés. ¿Reconoce sus firmas?... Quiero decir... ¿las del duque?

—Las mismas. Gracias, doctor.

—De nada. Gracias a usted. Pero, cuidado con no volver a caer. Son negocios peligrosos.

—¡Bah! En el fondo, ha sido un excelente negocio para todos.

—No sé si para Aarón.

—En efecto... Dicen que el anciano duque quiere dejar todo su patrimonio a la «Obra católica de las regeneradas»...

Podrá servirle a Marión en la vejez... Para nosotros tres, en tanto, ha ido muy bien: usted cinco mil liras, el duque treinta mil, yo treinta mil...

—Veinticinco, me dijo usted.

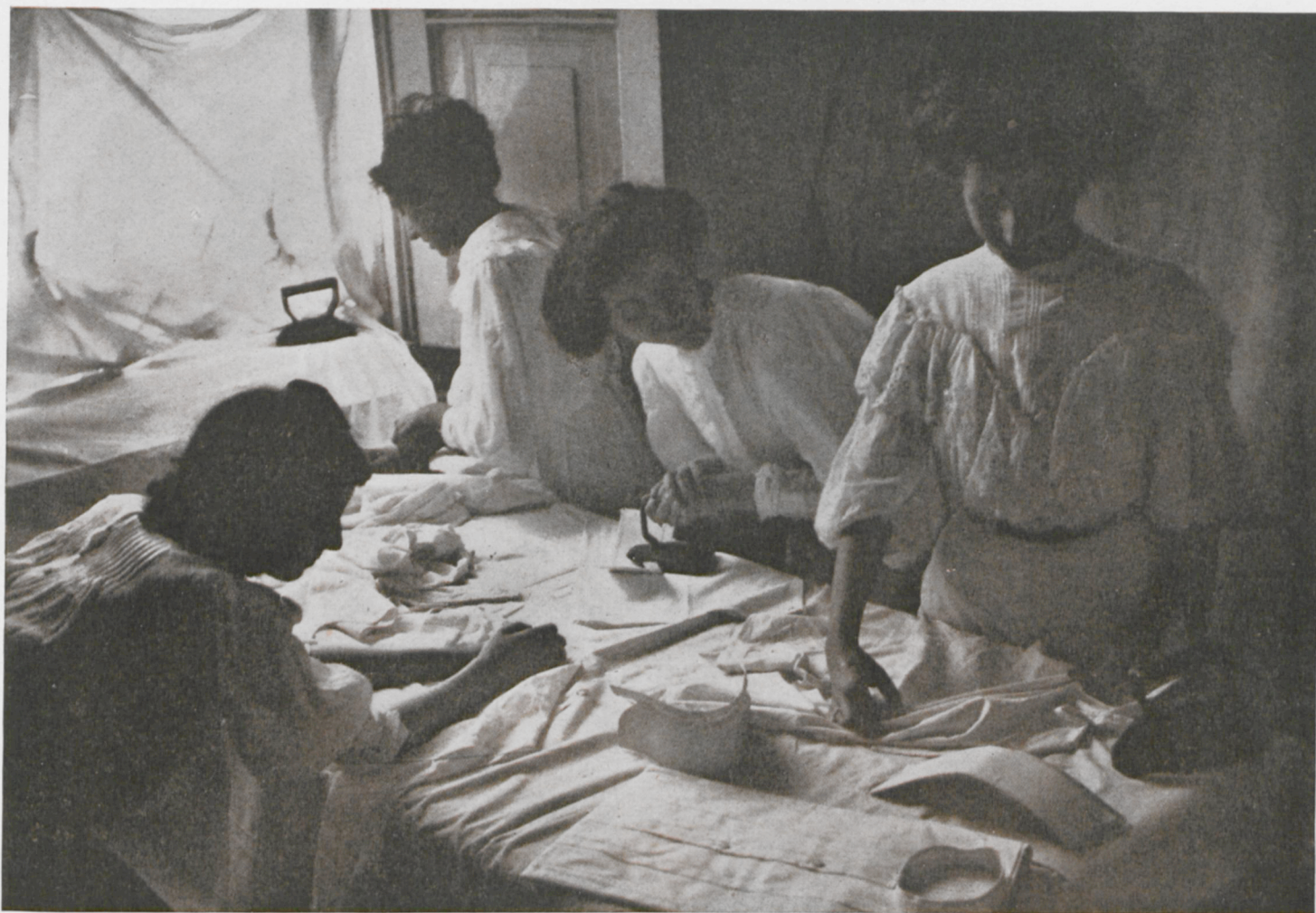
—¡No, caramba! ¡No iba a perder las otras cinco! Me las he hecho devolver.

—¿Devolver? ¿Y por quién?

—Por Marión.

—¡Ah!... Vean...

—Sí, pobrecita. Es tan buena...



Fué a reclamar una camisa y perdió un año de bachillerato. Aun no han parecido la prenda ni las lecciones extraviadas; pero, en cambio, todavía duran las memorias de aquel amor juvenil. Fué a buscar una camisa tan invisible como la del hombre feliz y encontró emociones.

En un rincón del taller, el hornillo, al rojo escarlata, calentaba las planchas y el ambiente veraniego. Pastoso olor de azufre y de lienzos húmedos, risas femeniles y un vaho de aroma barato, la canción del día y la labor de siempre: todo lo que puede encerrar un pequeño taller.

El había entrevisto y hasta contemplado muchas planchadoras desde la calle, a través de los vidrios y de las cortinas. Así, desde lejos, parecían enfermeras atareadas, blanquísimas y lindas; mas nunca pudo penetrar en un taller de plancha. Esta excursión a regiones desconocidas era un deseo de su alma tenoríesicamente platónica. Alegrándose, pues, del pretexto, llegó aquel sábado para reclamar la urgente camisa del domingo.

Era pobre y encontrábase sujeto, como tantos, a la imperiosa tiranía del bien vestir. El almidón brillante debía emblanquecer su librea de estudiante, y las tres camisas de su ajuar iban y venían por riguroso turno. Era joven y hallábase perdiendo en las redes del buen amor. La tersura de sus cuellos jugaba importante papel en la eficacia de sus pretensiones. Aquel día, al volver de clase, no encontró sobre una silla la camisa de guardia junto a los cuellos pulidos y cándidos.

Cuando llegó al taller, detúvose en la puerta bastante aturrido. Es muy difícil penetrar de repente en una atmósfera a la que no estamos habituados, y más si cuatro pares de negros ojos miran con burlona curiosidad. Hizo su reclamación tartamudeando un poco, una reclamación llena de disculpas, cortés, suplicante.

— Carmen: la camisa del señor — dijo Mercedes. — ¿El número 25, señor? — agregó dirigiendo al reclamante una mirada negra y hermosa.

Y las cuatro muchachas se dedicaron a buscar la camisa del estudiante. Parecían cuatro palomas de cabecita negra revoloteando y corriendo sobre un tendedero de ropas, en una siesta estival.

— Tome asiento, señor — repitió Mercedes.

Desde la silla, con la boca saturada de tufo y

Las planchadoras

los ojos llenos de admiración, el reclamante seguía la maniobra. Fué recobrando la serenidad y el seguro uso de su galante palabra.

— Quiera Dios que no parezca.

— ¿Por qué, caballero? — preguntó Mercedes.

— Porque quiero ser feliz.

Las niñas no le comprendieron, adivinando, sin embargo, que aquella frase encerraba un piropo.

— ¿Ustedes no saben el cuento de la camisa del hombre feliz? — preguntó nuevamente el joven.

No conocían el conocido cuento y dejaron la busca para escucharlo.

— Pero usted tiene dos camisas todavía — insinuó Mercedes.

— Piérdanlas en seguida, señoritas; me hace mucha falta.

Una cuádruple risotada resonó en el taller. Luego hablaron y rieron los cinco, mientras Mercedes y el reclamante se miraban con sed de felicidad.

Aquella misma noche relució sobre la silla la camisa número tres, lavada y planchada en una hora por las ágiles manos de Mercedes.

La llevó y la trajo Manuelita, y, gracias a Manuelita, pudo enterarse el reclamante que Mercedes no tenía novio, que habitaba junto al taller y que no salía los domingos.

Y sobre aquella coraza, sobre aquel brillante esternón vió la doble llamarada negra de dos ojos intensos. Y al día siguiente, desafiando los rigores del sol, fué a la calle de Mercedes para agradecer el trabajo extraordinario.

Todas las mañanas de aquel curso escolar, el joven iba, con los libros bajo el brazo, y en el caluroso taller se saturaba de amor y de tufo de carbón. Mercedes era hermosa y distinguida como una reinicita; sabía querer como quieren los humildes: amor, agradecimiento, esperanza y celos.

Poco a poco conquistó el derecho a una silla

del taller. Desde allí oía la charla y los cantos de las lindas obreras, tomaba parte en las bromas perdiendo gozosamente un año de enseñanza.

En cambio, su espíritu siempre ingenuo y mozo, aprendió mucho en aquella aula de la vida. Mercedes se le aparecía como el símbolo amado de toda una clase. También ella rudamente trabajaba por lo peor que se puede trabajar: por la vanidad masculina. Todos los trozos de la armadura que el hombre viste para defender su corazón y su existencia adquirían bajo la sorprendente fuerza de aquellas lindas manos temple y brillo.

Y las reflexiones del enamorado se llenaban de amor a los humildes, a los que se alimentan con migajas y caridades del lujo. Allí tomó su espíritu ese baño de benevolencia y justicia que vigoriza sus rebeldías y atenúa su aristocraticismo.

Desde el primer momento, comprendió el joven que aquel idilio iba a fracasar. La familia nunca autorizaría la legalización de tales amores por muy honestos que fuesen. Procuraba él olvidar ese inevitable y presentido fin, distrayéndose con las delicias de su cariño.

¡Flojo amor de esclavos, más flojo que el mundo; te reproduces, te sumas y sobrevives a la muerte, siendo cobarde en la vida; gastas tu poderío, alma del mundo, en juramentos mentidos; enervas tu juventud, tus vigos, flojo amor de niños esclavos! ¡A la hora de los inútiles recuerdos, conviertes en sensiblería el sentimentalismo indescriptible de tus horas buenas!

Casi todas las noches salían del brazo, a pasear lentamente por la plaza, como esposos flamantes, como padres nuevos. Y eran felices así, al jugar a los cónyuges, al representar sus papeles en la comedia mundana, sabiendo que nunca lograrían el mutuo propósito.

Bajo los árboles de la plaza murió aquel idilio de quinto año de bachiller; murió todo lo más honradamente posible, como los amores ingenuos, en una disputa casi matrimonial.

Fué a reclamar una camisa y perdió el curso. En cambio, todavía duran las memorias de aquellos amores imposibles, de planchadorcita y estudiante.

EDUARDO DEL SAZ.

BIZARRROMANÍA.

El héroe de este apunte ha aparecido en el café con la marcialidad de un redoble. El hombre ha entrado bello, imperioso, magnífico, luciendo una cabellera remolinada como la de Antinoo, y un perfil apolíneo, y hasta un amplio cuello abierto a lo Byron. Y ha sido — vean ustedes hasta donde llega la impertinencia del mundo — que en la sedante obscuridad del recinto han comenzado a volar los cinifes de la ironía. El que no ha levantado las cejas, ha vuelto la cabeza, dislocándose el cuello, o ha insinuado, ¡ay!, una risa lesiva. En todos los rostros se ha hecho visible un estado mental negativo. Arlequín no hubiera hecho más con su extraño indumento. Hasta el mozo — un hombre recio, discretísimo y manso — ha querido distinguir al intruso mirándole en el cristal de un espejo en que todo aparece anegado en la falsedad de una agua azulenca.

Digo que el hombre heroico, pues héroe hay que ser para hacer de actor en esta pícara farsa, ha aparecido en el café con todo el aparato del mundo. El muy cándido ha entrado luciendo un ancho sombrero norteamericano, una linda guerrera, unos «briches» *la mar* de hípicas, unas botas flexibles y unas resonantes espuelas. A decir verdad, nadie puede decir si ese hombre es un estanciero rumboso o una evocación de los guerreros del gran Douglas Haig. Su figura es una figura ambigua. Lo mismo puede ser la de un domador de leones, que la de un mozo «bien», enamorado de las apariencias bizarras. Que no es militar, dícelo su traje horro de distintivos; que no es estanciero, proclámalo su relamida apariencia. ¿Qué será, pues, ese hombre heroico, llamativo, bizarro, que rinde culto a la lampiñomanía de última hora, viste ese traje extraordinario y acentúa la nota luciendo en plena ciudad la inutilidad de una fusta?

Si el lector no lo dice, voy a decir yo que ese hombre es un bizarrómano ingenuo y que

de ningún modo hay que confundirlo con los asistidos por la gracia de la elegancia. Elegancia y bizzaría son dos «cosas» distintas. Brummell no se atrevería a suscitar así la burla plebeya. Los trajes de un Brummell son idénticos a los de su ayuda de cámara, sencillamente porque el *dandy* tiene la seguridad de no ser confundido jamás.

El elegante es el verdadero prodigioso de la medida y del tono. De él son la sencillez, la naturalidad, la parquedad, el visible desdén por las notas chocantes. ¿Cómo creer, pues, que el héroe de este apunte es algo más que un mozo ingenuo que desconoce el valor de las medias tintas?...

Ese hombre... Hay que decir que ese hombre no es más que un bizarrómano y que su amena manía es necesaria, como el movimiento y el brillo, para la armonía de este mundo. El mundo es un poco triste y, de seguro, lo sería más si no pudiera sonreírse de esa rara figura. Si no existiera ese hombre, tendríamos que inventarlo para no lamentar la ausencia de un gran elemento decorativo. Porque el bizarrómano es algo así como el escaparate de una joyería o la venusidad de una *fémima*. Sin él habría menos animación en la calle y nunca más veríamos el penacho del viejo Don Juan, aquel que repetía madrigales ajenos ofreciendo un porvenir sentimental a todas las damas.

El bizarrómano no seduce más que a los corazones sencillos. La gran dama ni para la atención en esa amena figura lampiña. Y es que el seductor de estos días es un hombre grave y experto, que luce en las sienes el albor de unas canas, y que, por haber vivido intensamente, sabe decir conmovedoras mentiras. Don Juan ha pensado mucho en estos últimos tiempos y sabe que en el gran mundo no llama la atención su deslucido penacho.

Pero hagamos por no acentuar la sonrisa y por ver en la figurilla de este apunte, ya que ello es necesario para nuestra educación sentimental, a un buen amigo débil de espíritu. Ese hombre pueril a quien todos han visto, se alía para todos nosotros, y sólo se cura de la impresión que produce en el espíritu de los espectadores. Por él podemos sonreír buenamente... Tolerémosle mientras viva y no digamos que el mundo sería mejor sin su bizarra figura.

MANUEL AZNAR.
CARBÓN DE ALONSO.





ALF. GVIDO

SERENIDAD



POEMAS CORTOS POR
C. MUZZIO LAENZ PEÑA
DIBUJOS DE ALFREDO GVIDO

Muéstrame ese camino que tu planta hollara; ese largo camino donde tu irradiación pobló de nuevas luces la obscuridad, donde al hechizo de tu voz brotó intangida música en el silencio. Allí donde la vida germina en el seno de la muerte, donde la nada encierra a todo el universo.

Muéstrame el camino y deja que tu amor me guíe. Tu amor siempre clemente y lleno de misericordia. Porque tú no puedes dejar de amar a quien tanto te quiere; y mi amor es un pobre reflejo del que tú me profesas.

Por eso te busco, porque tú me buscas. Y marcho confiado tras las huellas que tú dejaras en el camino, sabedor de que tarde o temprano lo recorrería este humilde esclavo.

En el primer día de la existencia, sembraste en mí el grano fértil de tu cosecha.

La reja de tu arado abrió despiadadamente un surco profundo en mi ser, y a ese surco se abalanzaron codiciosas las aves del cielo.

Removieron con sus garras la húmeda arcilla y extrajeron lo único que allí existía: larvas e insectos.

Y se alimentaron las aves, y el grano fértil

germinó en fruto, y aprendí entonces, que todos tus actos, aun los más crueles, llenos están de bondades y de dulzuras, amor mío.

*Tú sabes lo que hay en el fondo de mi alma, y yo ignoro lo que hay en el fondo de la tuya. (Corán, sura V, vers. 116.)

Me dijeron que para encontrarte era menester hallar tu alma; y fui en su busca, por el áspero sendero del amor divino.

Pero esa alma se ocultaba en tu cuerpo, y tu cuerpo estaba oculto en el alma; fruta inefable que contiene la semilla donde se oculta la fruta misma.

Y retorné sin verte; porque no pude llegar a Ti; que te ocultas dentro de lo que está oculto: que eres alma de tu alma.

Tú fuiste el Primero y Único que me dió la bienvenida, cuando llegué a este mundo.

Me esperabas en el jubiloso rayo de sol que hirió mis ojos al despertar; me besaste en la frente con la brisa primaveral; el rocío de tus cielos humedeció mis labios y el perfume de tus flores se cñió a mi cuerpo, como una túnica en cuyos pliegues se ocultara el hálito de tu inextinguible esencia.

Y tú serás el Primero y Único en darme el postrer adiós, cuando mi alma emprenda el viaje sin fin, a través de ese suspiro inmenso que divide este mundo del más allá.

Alma infiel, alma desobediente, alma cobarde ésta que tú me diste, Señor.

Que se esmera en ser pura y se mancilla, que quiere ser temerosa y es cobarde; y que ha descubierto, que todos los regocijos y placeres que tú le prometes en la futura vida, serán en proporción, no de tu generosidad, que es inmensa e inacabable, sino de los triunfos que esta alma miserable e indefensa, obtenga en sus combates contra la concupiscencia y el Samsara.

Y el Samsara es pérfido y engañoso, porque es ilusión y falsedad. No está arriba ni abajo, no fué, ni será. Duerme desde el comienzo del mundo dentro de nosotros mismos, y basta para despertarle el más leve soplo de nuestros pecados.





Página femenina



SEÑORA CARMEN CHRISTOPHERSEN
ALVEAR DE DODERO.



SEÑORITA MERCEDES PEÑA UNZUÉ.

«Cuando un matrimonio es feliz, ¿qué palabras podríamos hallar que fueran dignas de expresar esa dicha? Puesto que aquellos a quienes unió tal felicidad, no se separarán ni en las amarguras, ni en la adversidad, ni en la alegría. No tendrán secretos el uno para el otro, ni podrá alcanzarse el hastío.»

TERTULIANO.

¡Ama, si has de vivir! La vida sin amor es sacrilegio... Así asegura el poeta que hablaron las hadas tutelares; cuenta también como despertaron las horas, y de nuevo preludiaron cantos de vida; que gracias y risas pueblan los aires, mientras las nubes, ideales figuras de nuevas desposadas, aman para vivir, aman intensamente, al emprender el sendero elegido...

Carmen Christophersen Alvear, Mercedes Peña Unzué, María Luisa Rodríguez Quintana, Jovita García Mansilla, abriendo las alas del alma, inician su nueva vida, y no puede haber para ellas mejor augurio que las palabras del eminente padre de la Iglesia latina. Han despertado las horas nuevamente, preludiando una vez más cantos de vida... Las veo cruzar, nimbadas por su ensueño, seguidas por la estela de los hondos afectos que supieron inspirar, iluminado el rostro por esa divina sonrisa que parece escuchar como vibran, dentro del corazón, todas las melodías... El recuerdo de esa hora, evocará siempre para ellas una gloria

de luz, un rumor de alas, un palpar de estrofas murmuradas en voz baja, lágrimas que brotan y se deslizan serenamente, tal fué la intensidad de su emoción...

Nunca debió soñar el poeta evocación tan acabada de todo el encanto y la sentimental poesía que pueda encerrarse en una sola palabra: la desposada... El grupo de gentiles y aristocráticas figuras que inician su nueva vida, en esta época del año, recibió de las hadas tutelares todos los dones, y esas frágiles delicadas manos encierran a su vez toda la esperanza, toda la luz que ha de sonreír en ese nuevo hogar, donde las horas preludiarán día tras día nuevos cánticos de vida...

Es bella, delicadamente linda; con toda la serenidad de una *Madonna*, se destaca la figura de Carmen Christophersen Alvear, como una de las más interesantes de su generación; en sus ojos claros, se revela el espíritu firme, la clara inteligencia de las rubias apariciones de la región escandinava; en su porte señorial, toda la tradición patricia de su histórico abolengo... y en ella armonizaron las firmes convicciones de la mujer fuerte del norte, con la suavidad y atractivo de la criolla, que no olvida que la casa solariega de la rama materna fué levantada en hidalga tierra, en el principado de Asturias, puesto que desciende la novia gentil de aquel Brigadier General de la Armada Española, que fué don Diego de Alvear y Ponce de León, casado en el Río de la Plata con doña Josefa Balbastro, y cuyo hijo, fundador de la rama establecida en América, fué el ilustre general don Carlos de Alvear.

Mercedes Peña Unzué, encarna la delicada belleza criolla, con su mirada profunda y soñadora... A ella no le bastó abrir sólo las alas del alma, para vivir intensamente... ha sabido también cultivar su espíritu con todas las galas del saber, reservando largas horas para el estudio, en medio de la brillantísima actuación mundana que corresponde a su elevado rango, a su fabulosa fortuna, y que fascina tan poderosamente a las juveniles figuras que poseen todas las ventajas de la vida; pero es que las hadas tutelares no olvidaron entre sus dones la serenidad y la discreción...

María Luisa Rodríguez Quintana, — Bebita — como aprendieron a nombrarla cariñosamente todos los amigos y amigas que ella conquistara con su encantadora sencillez, con su sonrisa intensamente luminosa... Reune su delicada figura todos los prestigios, puesto que las representantes femeninas de las familias de Rodríguez Larreta y de Quintana brillaron siempre en los más altos círculos porteños, como en los europeos, por su clara inteligencia, su armoniosa belleza, su distinción exquisita... Vinculadas por lazos de parentesco con la gentil desposada porteña, la de los claros ojos que sonríen bajo el dosel de su obscura cabellera, la vida del eminente hombre de estado don Manuel Quintana, son destacadas figuras en la corte madrileña, la Condesa de Xiquena, la Duquesa de Bivona, la Marquesa de la Mina, descendientes todas del general español Marqués de La Habana; y a través de esa rama de los Concha, se unen dos familias de prohombres argentinos: los descendientes del Brigadier General José Ignacio de la Quintana y Riglos, con los de don Bernardo de Irigoyen. No consta, sin embargo, en la heráldica de tan ilustres familias, que la encantadora desposada, la que supo inspirar — cuando preludieron las horas — nuevos cantos de vida, que corre por sus venas la sangre de dos tiranos, cuyos nombres llenaron las crónicas americanas: López y Oribe... ella ha realizado el milagro, puesto que llegó a fundirse la tradición del mirar dominante y fiero de aquellos hombres, en la clara mirada que sonríe bajo el dosel de la sombría cabellera...

De noble abolengo hispano, desciende la bellísima Jovita García Mansilla, cuyos antepasados levantaron en los montes de Santander la vieja casa solariega; heredera la desposada de ayer la arrogante hermosura, el encanto irresistible de las figuras femeninas de su raza, porque si bien nuestra historia consigna que hubo un tirano en su ascendencia, nos enseña, sin embargo, a amar, admirándolas, a las luminosas rosas que florecieron a su lado... Fué su bisabuela la ilustre dama Agustina de Rozas de Mansilla, cuya ideal belleza pudo competir con su inteligencia excepcional, su cultura, y la exquisita sensibilidad de su corazón... y si en la vida de aquellas ilustres figuras que tuvieron tan preponderante y bienhechora actuación en la jornada más

trágica de nuestra historia, pudieron entretejerse muchas hebras de doradas ilusiones, de románticos idilios, de intensas amarguras, no faltará quien descubra en el destino de la grácil y elegante figura de hoy el hilillo de oro que supo anudar el más moderno de los idilios sentimentales...

Así fué como el distinguido compatriota que era ya casi un forastero en su tierra, pudo sólo percibir por un reflejo la bella y delicada imagen femenina que realizaba todo su ensueño, sin alcanzar la gracia de escuchar su voz... Desde aquella noche en que asistiera a un festival de caridad en el que se exhibía el artístico *film* donde encarnara la seductora criolla a la heroína del romance, no pudo olvidarla más... Pasaron largos meses, y el forastero volvió, porque ha de ser intensamente poderosa la atracción del espíritu de nuestra raza, cuando vemos como los herederos de familias argentinas transplantadas desde largos años en ambiente europeo, vuelven al viejo solar de sus antepasados, para elegir la compañera de su vida! Y aquellos «a quienes unió tal felicidad, no se separarán ni en las amarguras ni en la felicidad, ni en la adversidad ni en la alegría...»

¡Así sea! Y que las horas que transcurran en la existencia de estos hogares fundados con todos los prestigios del encanto femenino, de la caballería y hidalguía de los que supieron merecer el anhelado don de tanta gracia y hermosura, preludien sólo cánticos de vida y esperanza!...

LA DAMA DUENDE.



SEÑORITA JOVITA GARCÍA MANSILLA.



SEÑORITA MARÍA LUISA RODRÍGUEZ QUINTANA.



SEÑORA MARÍA EMMA
GREEN DE VEDOYA.

OBRA DE LA ASOCIACIÓN HIJAS DE MARÍA (SEÑORAS) DE LA SANTA UNIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES.

«El labrador que ha roturado la tierra, abierto el surco y plantado la semilla, siente un consuelo restaurador al contemplar las mieses doradas que cubren los campos de sus fatigas. Dios ha bendecido una vez más vuestras apostólicas tareas, deparándoos la satisfacción inmensa de verlas fructificar. La fundación de las Hijas de María de La Santa Unión de los Sagrados Corazones, fué la simiente puesta por vuestra mano en el surco abierto en el campo de la piedad femenina de Buenos Aires. En veinticinco años, el árbol se ha desarrollado extraordinariamente, denunciando el vigor de la simiente, la fecundidad del suelo y la solicitud del cuidado. Hoy es ya la encina corpulenta de raíces tan hondas que ha podido levantarse hasta el cielo y extender la frondosidad de su ramaje hasta proyectar su benéfica sombra sobre estos parajes colindantes con vuestra jurisdicción, en donde innumerables aves abandonadas hasta hoy a las inclemencias de la intemperie encontrarán en adelante refrigerio y abrigo. Sus cantares repetirán vuestro nombre.»

(Fragmento del discurso pronunciado por Monseñor D'Andrea en el acto de la inauguración.)

Las palabras que anteceden son el mejor elogio a las distinguidas y altruistas damas que realizan una obra cuyos resultados llenan de viva satisfacción a todos los corazones bien generosos. «La verdad que ilu-

ESCUELA GRATUITA del BUEN CONSEJO

mina la inteligencia y fortifica el corazón, es la verdad completa; el hombre no es sólo inteligencia, es además voluntad. No le basta, por lo tanto, conocer el deber, necesita, además, cobrar energías, indispensables para poderlo cumplir: luz y fuerza, he ahí los dos elementos indispensables a la verdadera educación.»

Prevenir los males, es mejor y más cristiano que remediarlos; de ahí que la obra que llevan a cabo las Hijas de María de los Sagrados Corazones tiende sus miras hacia horizontes lejanos, pero no imposibles de alcanzar. Preparar a las mujeres en la lucha por la vida, «dándoles sana moral para ser buenas madres, y capaces compañeras del hombre», es realizar una obra de altruismo que redunde en provecho colectivo. Llevar luz a los espíritus y guiar el esfuerzo en la lucha por la existencia, es una caridad más bien entendida que dar de comer al hambriento.

La Escuela Gratuita de Nuestra Señora del Buen Consejo se levanta amplia y cómoda en un terreno, en Barracas, donado por la señorita Laura Peireyra Iraola.

No habiéndose distraído cantidad ninguna en ornamentación, es su estilo sobrio y sencillo; pero tiene grandes salas llenas de luz y de aire, amplios corredores que circundan los pabellones y que permiten a las niñas sus expansiones y juegos, aun en los días de lluvia.

Los planos fueron ofrecidos, gratuitamente, por el ingeniero don Alejandro Christophersen, que con su reconocida competencia, en un

terreno de 90 varas por 50, ha hallado el medio de asilar a 800 niñas, con todas las comodidades que requieren estos establecimientos, siendo un modelo entre los de su género. Su costo fué de \$ 450.000, de los que tan sólo se adeudan hoy \$ 110.000.

Durante la presidencia de la señora María Emma Green de Vedoya, en 1912, ocupando el cargo de secretaria la señora Isolina Landívar de Zorraquín, se inició la recolección de fondos.

El año 1914, tocó la presidencia a la señora Virginia Alzaga de Blaquier, continuando en la secretaría la señora Isolina Landívar de Zorraquín, y a raíz de haber votado el Honorable Congreso la suma de \$ 20.000, a favor de la obra, dió comienzo la edificación de esa escuela.

En el período que correspondía al ejercicio de los años 1916 a 1918, fueron reelectas en sus cargos la señora de Blaquier y la

señora de Zorraquín, cabiéndole a esta Comisión Directiva el honor de inaugurar la Escuela, el año de 1917.

La comisión actual, cuya presidencia ocupa la señora Isolina Landívar de Zorraquín, infatigable trabajadora que ha puesto al servicio de la obra todo su talento y actividad, está formada por un grupo prestigioso de jóvenes señoras, alumnas ayer de las abnegadas Hermanas del Buen Consejo, que supieron inspirar a esas privilegiadas de la fortuna el anhelo de un mejoramiento social; y las mismas que guiaron no hace muchos años el espíritu de las que velan hoy por las



SEÑORA ISOLINA LANDIVAR
DE ZORRAQUÍN.



SEÑORA VIRGINIA
ALZAGA DE BLAQUIER.

niñas sin amparo, por los hijos de los pobres, han sido llamadas para enseñar en ese hogar a las que no sabían ni siquiera balbucear una plegaria...

Acompañan a la señora de Zorraquín, en el presente ejercicio, las siguientes señoras: Vicepresidenta 1.ª, Magdalena C. de Bullrich; vicepresidenta 2.ª, Virginia A. de Blaquier; secretaria, María Rosa Lezica Alvear de Pirovano; prosecretaria, Adela L. de Lavalle Cobo; tesorera, Sara S. de Frederking; protesorera, María C. S. de Demaria; vocales: Sara B. de Zorraquín, María Eugenia Q. de Uriburu, María E. G. de Vedoya, Erccilia C. H. de Anchorena, Celia G. de Gallo, Elvira S. de Lezica Alvear, Guillermina B. de Moreno, Lorenza Z. de Ramos Mejía, Teodolinda Lezica A. de Uriburu María E. A. de Ibaguren.

Ellas han conseguido de Amado Nervo una conferencia que versará sobre «La evolución social de la mujer»; y la palabra del mago, del poeta de los corazones, del soñador, del filósofo, cuyos ecos se vuelven sentimientos, que cautivan el espíritu, templándolo al fuego de un sentir desconocido, que lo conmueve intensamente, hallará la expresión que convenza, y el corazón y la voluntad de todos y de cada uno, prestarán su ayuda para ver terminada la piadosa y benemérita obra de estas distinguidas y altruistas damas.



HEROINAS DE ACTUALIDAD LADY HARLEY~

Lady Harley, hermana del mariscal French, dirigía un servicio de ambulancia-automóvil, en el ejército serbio. Durante un bombardeo de la ciudad abierta Monastir, por los búlgaros, Lady Harley, quien, junto con su hija, distribuía socorros a la población necesitada de la villa (pues desde el principio había instituido una sopa popular para los pobres y los huérfanos), fué gravemente herida en la cabeza, por un obús que explotó al lado del automóvil en que se hallaba.

Se hizo todo lo humanamente posible para salvar la vida de esa noble hija del gran pueblo inglés, que cayó víctima de la barbarie búlgara, en el ejercicio de su altruista deber de caridad, deber que llevaba a cabo con una suprema abnegación y el más puro amor cristiano.

Inmediatamente que el gobierno serbio supo la muerte heroica de Lady Harley, envió sus condolencias, por telégrafo, al mariscal French, así como a Miss Harley.

Miss Harley declaró a los representantes del príncipe Alejandro, que fueron a presentar sus homenajes, en nombre del príncipe heredero, a los despojos mortales de Lady Harley, que ella se quedaría en Monastir para continuar la obra empezada por su madre.

AMOR DIVINO.



Cuando el amor está obrando
Lo que tiene obligación,
Si flaquea, si se cansa,
Si desmaya, no es amor.

Cuando el amor está orando
Con amorosa atención,
Si decae, si se entibia,
Si se inquieta, no es amor.

Cuando en sequedad padece
Tormenta de una opresión,
Si no sufre, si no es firme,
Si se queja, no es amor.

Cuando el amante se ausenta
Y le deja en aflicción,
Si se acobarda y se turba,
Si se abate, no es amor.

Cuando la piedad divina
Dilata la petición,
Si no cree, si no espera,
Si no aguarda, no es amor.

Cuando tiene de sí mismo
El amor satisfacción
De que ama, de que adora,
De que sirve, no es amor.

Cuando en la adversa fortuna
Y en toda tribulación,
No es humilde, no es alegre,
No es afable, no es amor.

¿QUE ES AMOR?

Y pues nada de lo dicho
Se llama amor con razón,
Pregunto corazón mío
¿No me dirás qué es amor?

Amor es un dulce afecto
Del alma para con Dios,
Que termina en caridad
Comenzando en dilección.

Si deseas padecer
Por quien tanto padeció,
Y en el padecer te alegras,
Y en la cruz, esto es amor.
Si en este mundo apetece

Vivir en humillación,
Y que todos te desprecien
Por Jesús, esto es amor.

Si no apetece alabanzas,
Y cuando le dan loor
Le refiere confundido
A su amado, esto es amor.

Si en medio de adversidades
Persevera el corazón
Con serenidad, con gozo
Y con paz, esto es amor.

Si a su voluntad en todo
Contradice con tesón,
Posponiéndola a la ajena
Por obediencia, es amor.

Si cuando está meditando
No apega su corazón
A los consuelos anejos
Al orar, esto es amor.

Si las dulzuras que advierte
Cuando está en contemplación,
Sabido no merecerlas,
Las renuncia, esto es amor.

Si conoce su bajeza
Y la grandeza de Dios,
Y despreciándose así
A Dios exalta, es amor.

Si se ve igual entre alegres
En gozo que en aflicción,
Y ni penas, ni contentos
La entibian, esto es amor.

Si se mira traspassada
De agudísimo dolor
Al contemplar a su amado
Ofendido, esto es amor.

Si desea eficazmente
Que cuantas almas crió
La divina Omnipotencia
Se salven, esto es amor.

Y en fin, si cuanto produce
Su pensar, su obrar, su voz,
Quiere que sea en obsequio
De su amado, esto es amor.

SANTA TERESA DE JESÚS.



HEROINAS DE ACTUALIDAD MARCELLE SOMMER

En la última matiné nacional de la Soborna, M. Klotz, antiguo ministro y uno de los hombres políticos de Francia, a quien más debe el feminismo, ha hecho célebre el heroísmo de la señorita Marcelle Sommer, que, a los veintinueve años, ha sido condecorada con la Cruz de Guerra y la «Legión de Honor». Siendo así la más joven legionaria de Francia.

La señorita Sommer detuvo durante veinticuatro horas, levantando el tablero de un puente, la furiosa acometida de todo un cuerpo del ejército alemán. Salvó en seguida a veintiséis soldados franceses. Y después de mil proezas (que nos referirá muy pronto Mme. Daniel Leseur), terminó por caer en manos de los boches.

— Yo soy huérfana, — les dijo: — no tengo otra madre más que la Francia. Y no me importa morir.

Por esta razón, los alemanes, sin la menor vacilación, condenaron a muerte a esta jovencita de veintinueve años... y se preparaban a fusilarla, cuando una descarga de 75 dispersó el pelotón que debía ejecutarla.

MARÍA LEBÉM.

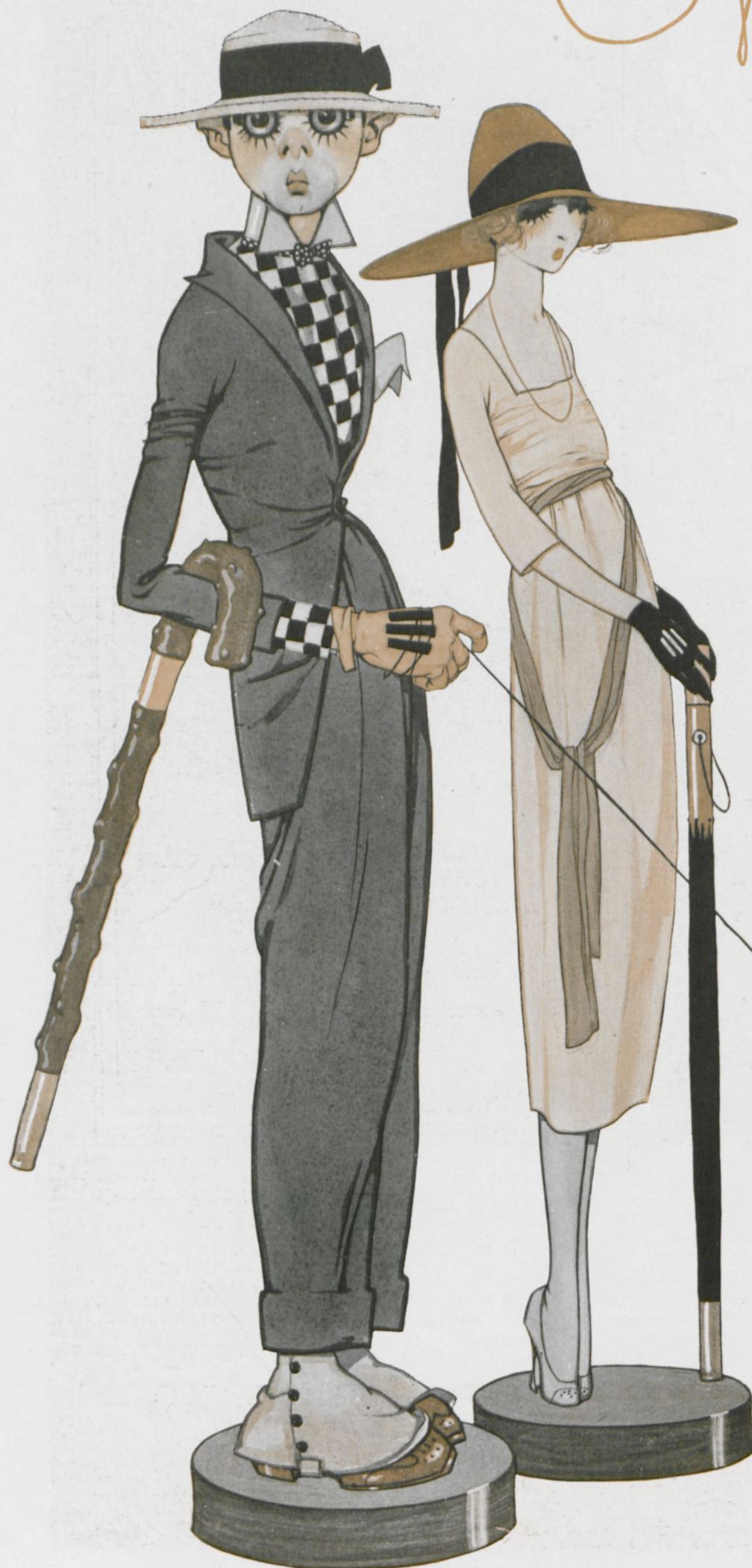




Señorita
Maria Chas

foto
VAN-RIEL

Pototo y Mechita



¡G

MONÓLOGO DE HAMLET

¡Guau! ¡Guau! Yo soy el perro preferido de Pototo y Mechita. El es un mozo bien, muy distinguido, ella es una preciosa figurita, yo soy Hamlet, el perro más valiente del Nuevo Continente.

Medito algunas veces y me aterro con mis meditaciones.

El ser o no ser... perro se presta a hondas ¡muy hondas! reflexiones. Ser perro de Mechita y de Pototo representa una suerte escandalosa.

Ahí pasa una pareja fastidiosa que arma con su presencia un alboroto. Mal vestida, sin perro y pretenciosa, al lado de los «tres» es un poroto.

Mechita es elegante y graciosa. ¡Qué tipo interesante! Desprecia a los burgueses, porque es aristocrática Mechita, y habla con una voz muy delgadita un francés... que no entienden los franceses.

¿Y Pototo? Enamora la sonrisa que a todas rinde, como yo me rindo. Nadie hay como Potito. Su camisa es un tablero de ajedrez. ¡Qué lindo! A algunos les parece un monigote; ¡pero tiene un vigor!... ¡Vaya! ¡Que venga el que presume y que, como él, sostenga el peso formidable del garrote!

Hay *ras'a* que nos mira furibundo, somos aquí y allá lo más notable y, por nuestra elegancia insuperable, llamamos la atención de todo el mundo. ¿Cómo no ha de envidiar el mundo entero a Pototo, Mechita y su faldero?

...Disculpe el que se sienta fastidiado. Mi monólogo ¡guau! ha terminado.

LUIS GARCÍA.

COUACHE DE CENTURIÓN.

Centurión



Centurión



GOOD YEAR CORD TIRES



Neumáticos "Goodyear"

Sabemos que los neumáticos Goodyear, de tipo Cord, son más fuertes que los de cualquier otra marca.
Sabemos que su costo por kilómetro es más reducido.
Sabemos que exigen menos fuerza motriz para accionar el coche.
Sabemos que reducen el consumo de nafta.
Estos rasgos son el resultado lógico de su diseño especial y de su construcción superior.

The Goodyear Tire & Rubber Co. of South America

ESMERALDA, 601, esquina TUCUMAN - Buenos Aires



"¿Cómo es que pone Ud. objetos calientes sobre la mesa?
¿No teme Ud. arruinarla?"

"No, esta mesa está pulida con Cera Preparada de Johnson.
Da tanta protección al barniz que el calor no lo perjudica."

CERA PREPARADA DE JOHNSON

protege y conserva el barniz, haciendo mayor su duración y belleza. Limpia y pule en una operación. Cubre las manchas y rayas. Evita que el barniz se parta.

La Cera Preparada de Johnson puede usarse sobre el acabado más fino sin peligro alguno. La superficie como cristal que produce, protege el barniz y le da el brillo de un espejo. No contiene aceite y no se pone pegajosa con el tiempo caluroso. No retiene las manchas de los dedos y no puede recoger el polvo. Puede usarse sobre

**Muebles, Automóviles, Obra de madera,
Pianos, Linóleo, Objetos de cuero**

Quedará Ud. sorprendido de los resultados maravillosos de una sola aplicación de esta Cera.

El lugar donde haga Ud. sus compras puede proporcionarle los productos Johnson — si no los tuvieron, pueden obtenerlos de los distribuidores:

Agentes generales para Sud América:

**THE YANKEE
SPECIALTIES AGENCY**
Rivadavia, 1255 - Buenos Aires

EN VENTA:

CASSELLS & Cia., Maipú, 271
MESTRE & BLATGE, Santa Fe, 1072
RECHT & LEHMANN, Maipú, 72
ALFREDO CACHES, Cangallo, 853

S. C. JOHNSON & SON
Fabricantes
Racine, Wisconsin, E. U. A.



TEATROS JAPONESES



CALLE DE LOS TEATROS EN TOKIO.

Puede asegurarse que en Tokio hay una calle de Corrientes, una vía nocharniaga donde se agrupan casi todos los teatros de la capital nipona.

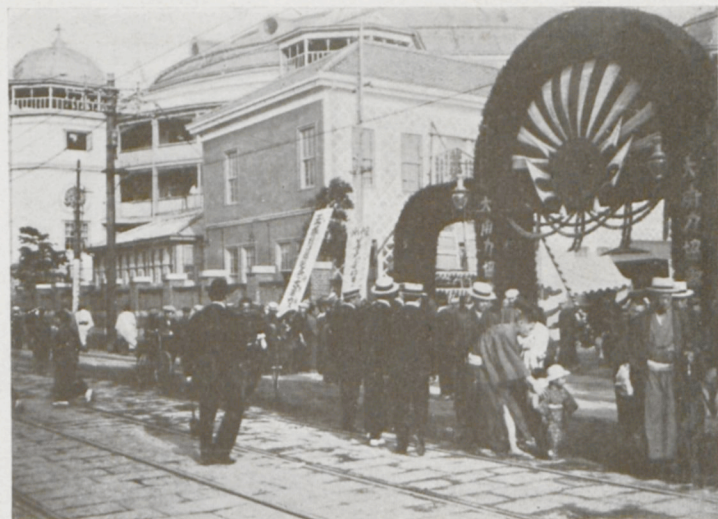
Allí va la multitud amarilla, esa multitud de la eterna y pomular sonrisa, a divertirse con los episodios de la escena japonesa, con las habilidades de los prestidigitadores y con las hazañas de los luchadores.

Es una calle regularmente angosta, abarrotada de largos cartelones escritos en caracteres chinos. Esos cartelones anuncian las obras y los actores de moda, pregonando las excelencias de unos y otros.

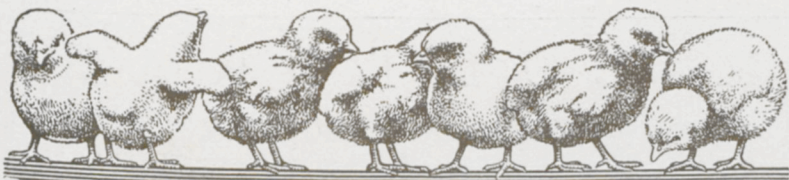
Toda la calle es vereda, casi casi como sucede en la calle Corrientes. Allí se apolotonan los aficionados nacionales y extranjeros, los que entienden y no entienden el teatro japonés.

En Tokio, lo mismo que en todo, el teatro nacional no es un problema. En esto no se parecen los coliseos nipones a los argentinos. El teatro nacional del Imperio del Sol Naciente es antiquísimo. Si los autores o sus herederos cobrasen el diez por ciento de la entrada bruta, serían millonarios. Hay dramas legendarios que se han representado miles y miles de veces, siempre con éxito de público y de empresa.

No sabemos si el cine hizo ya furor en Tokio como en Buenos Aires. Si tal cosa sucede, la Calle de los Teatros nada tiene que envidiar a nuestra calle de Corrientes, por lo divertida.



ENTRADA AL CIRCO DE LUCHA JAPONESA (TOKIO.)



No se figura usted lo que puede hacerse con una Incubadora a corriente eléctrica. Visite la Exposición de Avicultura «Excelsior», calle Belgrano, 499, esquina Bolívar, Buenos Aires, para darse cuenta, o envíe 1 peso por los Catálogos diferentes sobre Avicultura moderna.



Fajas sobre medida para Señoras y Hombres

Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para **embellecer el cuerpo** como para cualquier defecto del mismo. - Se aplican en las fajas placas neumáticas, **legítimas**, para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc., con receta médica. - Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

PORTA Hermanos
341, PIEDRAS, 341 - Buenos Aires



LA SALUD: Hay que preservarla del invierno.
LA HUMEDAD: En las paredes es contra la salud: para evitarla hay que pintarlas con «PRIX», pintura impermeable e incolora.

No olvide que hay que impermeabilizar las paredes antes de llegar el invierno.

PIDA MAS INFORMES

R. CHACON Hnos.

ALSINA, 1537, Buenos Aires — U. Telef., 5448, Libertad



Las damas de distinción prefieren

Agua de Colonia Añeja

Yardley

por su genuino y delicioso perfume.
El mejor, sin costar más caro

VENTA EN PERFUMERÍAS, FARMACIAS Y TIENDAS
Y EN MAR DEL PLATA: LUTZ, FERRANDO Y CIA.,
RAMBLA, 117. CASA TROTTA, RAMBLA, 150.

YARDLEY (Est. 1770) 8, New Bond Street, LONDON

AGENTES EXCLUSIVOS:

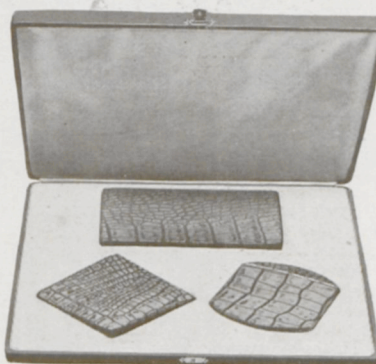
PAUL J. CHRISTOPH COMPANY
166, LIBERTAD, 172 - BUENOS AIRES



Peletería
Florida 872 U.T. 662 Avda.



MARCA REGISTRADA



E. BISH

FABRICA DE CARTERAS
Y MARROQUINERIA
FINA

Elegante regalo para caballero. Cartera, billetera y cigarrera, en piel de cocodrilo legítimo y foca, \$ **45.-**

ESMERALDA, 81.
Unión Telefónica, 1470, Avenida.



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	\$ 3.- m/
Semestre (6 ")	6.- "
Año (12 ")	11.- "
Número suelto	1.- "

EXTERIOR

Año	\$ oro 5.-
Número suelto	0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de «CARAS Y CARETAS», o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

Esterbrook



La pluma más indicada para todos los usos y para todas las manos, es la **FALCON No. 048** de **ESTERBROOK**.

De venta en todas las principales Librerías.

M U J E R E S A G R I C U L T O R A S



LAS SEÑORITAS NORTEAMERICANAS ELEONOR WEED, HARRIET MILLER, OLGA PRATT, BIANCA SCHEUER Y HELEN GARRETT, HAN CULTIVADO EN 1918 TREINTA Y DOS HECTÁREAS DE TERRENO, ESTABLECIENDO CON ESTE TRABAJO EL RECORD FEMENINO DE LABORIOSIDAD AGRÍCOLA.

CONSEJOS PRACTICOS PARA CONSERVAR LA BELLEZA

por Charlotte Rouvier

Para desarrollar la hermosura oculta del cabello

NO hay nada tan encantador en una dama como la ostentación de una hermosa cabellera, que para parecer tal, debe ser brillante, sedosa y ondulada. Una mujer que une a sus encantos este complemento indiscutible de su gracia natural, es sencillamente seductora. En la conservación del cabello y su mejoramiento, interviene en primer lugar la calidad del shampoo que se emplea, pues si éste no produce buena espuma, lo higieniza relativamente, y en consecuencia nunca ostenta ese brillo que debe tener. En cambio, un shampoo preparado con granulados stallax y agua caliente, produce una abundante espuma perfumada y limpia eficazmente el cabello. Después de enjuagarlo, se seca con toallas calientes y el resultado obtenido es admirable. Toda la brillantez oculta del cabello es revelada y queda sedoso, ondulado y fácil para peinar. En los casos de persistente grasicidad en el cuero cabelludo, el stallax es un correctivo irremplazable, y a las personas que tienen el cabello quebradizo y seco, se les recomienda, antes de cada shampoo, un masaje en la cabeza con aceite de oliva.

Un enemigo de la belleza

UNA hermosa y abundante cabellera, digno marco de pobladas cejas y largas pestañas, es lo más admirable en una dama, que puede sentirse orgullosa de tan seductores atractivos; pero en numerosos casos esa riqueza capilar paga su tributo con exceso, apareciendo también en forma de abundante vello superfluo en diversas partes del rostro, cuello, brazos, etc.; lo cual desfigura totalmente una faz agraciada. Ya las mujeres de la antigua Grecia tenían el mismo criterio al respecto y se preocupaban de combatir el vello, empleando depilatorios en forma de pastas. En la actualidad, los métodos para extirparlo son numerosos y en la mayor parte de los casos poco satisfactorios. El tratamiento eléctrico, tan recomendado, es hoy muy costoso, lento y doloroso. En cambio el sistema de más resultado parece ser el antiguo, teniendo en cuenta que su adopción elimina los tres inconvenientes del tratamiento eléctrico, pues es económico, sin dolor y rápido, es decir, cuestión de minutos. Se prepara la pasta a base de porlac puro pulverizado, mezclado con un poco de agua y se aplica a la parte afectada por el vello superfluo, dejándola secarse encima, y cuando al lavarse se saca la pasta ya seca, con ella desaparece también el vello, quedando el cutis completamente alisado y libre de inflamación. Este sencillo pro-

cedimiento tiene entre sus grandes ventajas, la propiedad de matar el vello en su misma raíz.

Es dolorosamente necesario reconocer los defectos del rostro

LAS damas que, mediante un detenido examen ante un espejo, no tienen la valentía de reconocer los defectos de su cutis, se limitan solamente a una ligera mirada e ingenuamente creen que con el auxilio de un prolijo acicalamiento, los defectos no serán visibles a la luz del día. Pocas mujeres conservan en perfecto estado el cutis de su juventud y estas mismas, si se disponen a revisar detenidamente su rostro, encontrarán a pesar suyo, algunos defectos como grasicidad, dilatación de los poros, etc., que lentamente van produciendo su acción deplorable sobre una faz hermosa, pues los poros dilatados permiten el paso de esa sustancia grasosa que precede a la brillantez y el acumulamiento de aquella trae como consecuencia la aparición de los detestables barrillos que nadie quiere ostentar. Para preparar una ablución astringente que simultáneamente contraiga los poros dilatados y extirpe la brillantez y los barrillos, basta conseguir algunas tabletas de stymol y se disuelve una en un vaso de agua caliente. Lavando el rostro con esta sencilla preparación se nota inmediatamente su efecto maravilloso, pues el cutis queda limpio y alisado por la desaparición de los barrillos que se desprenden fácilmente lo mismo que la grasicidad, y los poros dilatados se habrán contraído, presentando su rostro un aspecto encantador.

Las canas. Su tratamiento sin teñirlas

HE tenido oportunidad de observar el proceso de muchas tentativas para ocultar las canas por parte de numerosas personas empeñadas en ello. Algunos experimentos han sido irrisorios, otros, francamente desastrosos hasta ocasionar la caída del cabello, y bien pocos dieron resultado. Por mi parte, cuando llegue el período de encanecimiento de mis cabellos, creo que no me opondré a este accidente natural de la vida, pero si tuviese alguna intención de evitarlo, recurriría sin duda a una vieja fórmula usada por nuestros antepasados, vale decir, por varias generaciones, y aunque sencilla, es probablemente la que más asegura el objeto deseado sin dañar la vitalidad del cabello. Consiste en mezclar dos onzas de tammalite concentrada con tres onzas de bay rum, loción que luego se aplica a las canas por medio de una esponjita. He observado en muchas personas que han puesto en práctica el procedimiento, como el cabello vuelve a su color primitivo, paulatinamente y de acuerdo con la naturaleza. Mezcle usted mismo la loción



en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

Rejuvenecer diez años en una sola noche

LAS arrugas prematuras en el rostro de una dama aun joven, son una injusticia y constituyen por eso su diaria pesadilla. ¡Cuántos sacrificios se impondrían con tal de restaurar la lozanía y frescura de su cutis envejecido por el empleo de materias nocivas en el tocador! Se conocen casos de cantidades fabulosas pagadas con el fin de someter las arrugas a tratamientos por demás costosos y que al fin no han dado resultado. En la actualidad no hay necesidad de tales extravagancias, porque si usted siente su espíritu deprimido por la temprana aparición de arrugas en el rostro, no tiene más que obtener un poco de buena cera mercolizada en cualquier farmacia seria, y, al acostarse previa ablución con agua templada, extender la cera en todo el rostro hasta el cuello, sin hacer masaje, volviendo por la mañana a lavarse con agua caliente. Sometidas las arrugas a este tratamiento por espacio de una semana, desaparecen paulatinamente, y el cutis recobra la frescura y lozanía propias de la juventud. Por medio de este económico y sencillo remedio, puede usted parecer mucho más joven y mantener en su apogeo la belleza de su rostro.



La luz que más brilla: la hermosura que más sobresale, es la que se basa por completo en la salud del cuerpo, en la fuerza de los nervios y en la pureza de la sangre.

IPERBIOTINA MALESCI

es el preparado admirable que hace posible dar salud al cuerpo, dar vigor a los nervios y pureza a la sangre, devolviendo al organismo su equilibrio perfecto.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario-Importador para Sud y Centro América: M. C. de MONACO, VIAMONTE, 871 - Bs. As.





100mm



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	4.5	4.0
2.5	3.6	3.2

Dufur Erlangen
1772